
BOLSILIBROS BRUGUERA
Selección
TERROR
PUERTA A LA MUERTE
ALF REGALDIE


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

203 — La tumba de la señora Scott, *Silver Kane*.

204 — La dama de los 500 años, *Clark Carrados*.

205 — El protegido, *Ralph Barby*.

206 — Muerte con luz de gas, *Curtis Garland*.

207 — Lunaville, *Silver Kane*.

ALF REGALDIE

PUERTA A LA MUERTE

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 208
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 52.314 - 1976
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: febrero, 1977

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

El paisaje resultaba impresionante, incluso cuando lucía el sol; cosa que no se producía con demasiada frecuencia.

Era algo en lo que Nancy Lester, una sensacional pelirroja, estaba pensando mientras escrutaba con su mirada en las aguas del lago, las cuales producían un continuo y monótono rumor.

Unas aguas que reflejaban el gris violáceo de las nubes que en el horizonte no muy lejano se confundían con las mismas aguas a causa de la niebla.

Se había levantado viento. No muy fuerte aún, pero frío. Y cargado de humedad.

Faltaba muy poco para que cerrase la noche. Y comenzó a llover. Eran gotas gruesas y no frías en comparación con el viento.

Nancy señaló en su lindo rostro un gesto de contrariedad. Y preparó el flash en su máquina fotográfica.

Había visto que en la superficie de las aguas se producía un leve movimiento frente a ella.

¿Por fin iba a tener la suerte de ver al monstruo que, según las leyendas, habitaba en las oscuras y profundas aguas del lago?

¿Iba a tener la suerte de poder fotografiarlo, de ser ella la primera?

Se escuchó el lejano redoblar de un trueno, se oscureció más el cielo y arreció la lluvia.

La pelirroja pensó que iba a tener que abandonar en el último instante, cuando, después de varios días, estaba a punto de alcanzar su objetivo.

Miró instintivamente hacia el lugar en donde estaba su coche, pensando en una próxima retirada.

La lluvia que comenzaba a caer en remolino, y el movimiento de la vegetación, le impidieron verlo. Pero estaba allí.

El movimiento en las aguas se hizo más preciso aunque la visión se iba haciendo más difícil.

Le pareció ver que emergía la cabeza del monstruo, con grandes ojos que brillaban mucho aunque resultaban inexpresivos.

Y disparó su primera fotografía.

Se dispuso a realizar la segunda, cuando se sintió atacada.

En un instante pasaron por su mente como en rápida película, leyendas que había escuchado. Leyendas o historias reales, porque nunca se sabía en dónde concluían unas y comenzaban las otras.

Mujeres que habían sido atacadas por un monstruo que las había violado y asesinado. O asesinado y violado.

Nancy reunió todas sus fuerzas y, con fuerte impulso, aunque hubo de abandonar su máquina de fotografiar, logró rechazar a su atacante, el cual resbaló y estuvo a punto de caer, aunque finalmente fue capaz de conservar el equilibrio.

Pudo verlo.

Era grande, gigantesco casi. O se lo pareció a ella. Y le pareció, asimismo mitad hombre y mitad bestia.

La cabeza era deforme, grotesca. No pudo precisar más, debido a la escasez de luz y a lo terrible del momento.

Echó a correr en dirección al lugar en donde su automóvil había quedado, y tuvo la impresión de que su quiebro y su decisión le daban ventaja sobre su atacante.

Este corrió tras ella.

Era más pesado y percibió Nancy el retumbar de sus pasos, los cuales parecía que le golpeaban en las sienes.

El atacante, aunque más pesado, tenía la zancada larga. Y conocía el terreno.

Aquello le dio ventaja y ocasión para atenazar a Nancy cuando a ella le faltaba poco ya para llegar hasta su coche.

El desconocido sabía bien la ventaja que le debía dar su peso en aquel choque.

E hizo uso de él al cargar, derribando a la pelirroja y cayendo con ella.

Trató Nancy de escurrirse, pero sintió que el individuo la sujetaba fuertemente con uno de sus brazos y con el peso del cuerpo.

La mano del brazo libre se acercó a la garganta de la pelirroja.

Y el hombre barbotó con voz bronca, que parecía salir de ultratumba:

—Quieta o te estrangulo. Y eres demasiado linda para eso… Y demasiado joven también.

Fue cuando Nancy se dio cuenta de que el extraño ser llevaba una especie de máscara que le daba cierta semejanza con un oso.

Los ojillos brillaban con cruel delectación debajo de la máscara.

Nancy dobló una rodilla y logró proyectarla con violencia contra el vientre de su atacante.

Este acusó el golpe encogiéndose momentáneamente.

Pero aquello no le obligó a soltar.

Y su mano derecha, enguantada, se ciñó al cuello de la pelirroja a la cual sacudió de manera bestial.

—Muerta también resultarás apetecible… Tal vez más…

Apretó hasta hacer sentir a Nancy que le faltaba la respiración.

El monstruoso ser aflojó luego la presión. Y rió de manera que resultaba espeluznante.

Escupió la imposibilitada pelirroja en dirección a los ojos de su atacante y éste, sin aflojar la presión que ejercía, se limpió apresuradamente con la mano libre, con la cual asestó luego a la chica un par de golpes que la aturdieron momentáneamente.

Gritó ella sin que su atacante lo pudiese evitar. Intuía que no tenía solución, que nadie la escucharía; pero debía hacerlo, tenía que defenderse de la única forma de que era capaz.

El hombre abatió con fuerza su enguantada mano sobre la boca de Nancy, cuya cabeza golpeó fuertemente contra el suelo.

En un esfuerzo la pelirroja mordió la mano que le golpeaba y le había impedido seguir gritando.

Bramó el individuo al experimentar el dolor y retiró la mano, dejando el guante entre los dientes de la asaltada.

Y su reacción no se hizo de esperar. Volvió a golpear a derecha y revés, haciendo sangrar a su víctima, a la cual, a continuación, de una especie de zarpazo, arrancó parte de las ropas que cubrían su busto.

Nancy, sintiéndose perdida, volvió a gritar.

En su imaginación se veía ya forzada por el bestial individuo, el cual terminaría arrancándole la vida.

Se desvaneció al recibir una serie más de golpes.

* * *

Patrick Baker era pariente de William Locksley. Hijo de una prima segunda a la que Locksley había querido mucho, apasionadamente, con una pasión que había tenido mucho de

enfermiza.

William Locksley era el más rico de los propietarios de la comarca, dueño de un caserón, casi un castillo, rodeado de un extenso parque situado a un par de millas escasas del lago:

Patrick, recién llegado a la región, se dirigía en un magnífico y veloz coche deportivo al caserón de su pariente, en donde ignoraban que debía llegar. En donde suponía que nadie le aguardaba.

Le gustaban las sorpresas al joven.

Se había entretenido merendando y bebiendo cerveza en la aldea vecina.

Y por tal motivo la tormenta de viento y agua, la noche, prácticamente le habían sorprendido en el camino, aunque cerca ya de la mansión de míster William.

Estaba ya en el último trecho. La carretera discurría cerca del lago.

Y le pareció oír un grito agudo, correspondiente a una mujer, que pedía socorro.

Aceleró y cuidó de barrer con las luces el máximo de espacio, tratando de descubrir a la persona que tan desesperadamente había pedido ayuda.

Volvió a oír el grito que resultó estremecedor. Lo oyó más cerca.

Y poco después, las luces largas del coche descubrían a un lado del camino a un coche y no lejos de él a dos seres que luchaban.

Aunque uno de ellos, el que estaba debajo, daba la sensación de que se hallaba vencido ya, entregado.

El ser que se hallaba en situación dominante, al ser enfocado por las potentes luces, se volvió hacia ellas, aunque cubriéndose los ojos con uno de sus brazos.

Y Pat Baker apretó el acelerador, manteniendo al grupo bajo las luces de los faros.

Y cuando estuvo cerca, muy cerca, detuvo el coche y se dispuso a saltar, no sin antes desenfundar la pistola que llevaba en el coche, al alcance de la mano.

Sin embargo, la pistola no le era ya necesaria. El corpulento ser que había vencido a Nancy, al verse sorprendido, al darse cuenta de que no tenía tiempo más que para huir, había soltado a su víctima y, poniéndose en pie, huía ya, saliéndose del camino en dirección al lago.

Abandonó también Baker el camino y corrió tras él.

Al darse cuenta de que el otro conocía el terreno y de que se le podía escapar, hizo fuego con su pistola.

Pero el monstruoso fulano desaparecía ya de su vista metiéndose por un intrincado sendero entre la maleza.

Pensó Pat que era inútil perseguirlo, que incluso podía resultar peligroso.

Y volvió atrás, al lugar en donde, tendida en el suelo, había quedado Nancy, inmóvil, medio desnuda, sangrante.

Había quedado la atractiva pelirroja bajo el chorro de luz de los focos que ponían de relieve su bella semidesnudez y la nota de angustia de su ensangrentado rostro.

Pat Baker comprobó pronto que vivía. Y se dispuso a auxiliarla, comenzando por limpiarle con el agua de lluvia y un fino pañuelo suyo, las manchas de sangre.

Pudo apreciar entonces que las heridas eran leves, superficiales, producidas por los golpes.

Se despojó de su cazadora de fino punto, se la vistió a la chica y tomó a ésta en brazos, conduciéndola a su coche, en el cual se apresuró a dar la calefacción.

Comenzaba a dar la pelirroja señales de vida.

Y Baker la sujetó bien al asiento, colocándole el cinturón de seguridad.

Suspiró la chica, la cual, con el terror reflejado en su rostro, abrió los ojos y fijó la mirada en Pat.

—No se asuste. Su atacante huyó. Y yo no pienso hacerle daño.

Pat Baker había reconocido a la chica a la cual había visto cuando, a su llegada a la taberna de la aldea, salía ella de la misma para montar en su coche.

Nancy pareció tranquilizarse al escuchar la voz de él, una voz cálida y que él se esforzó en hacer afectuosa.

—Mi cámara fotográfica —musitó Nancy.

—Ahí no había ninguna cámara fotográfica,..

—Debió caerme cerca del lago, cuando el monstruo me atacó…

—No piense en el monstruo del lago. El que la atacó tenía dos piernas con sus pies correspondientes.

—Lo sé…

—La voy a llevar a casa de mi pariente, míster Locksley, la dejaré

bajo los cuidados del ama de llaves y volveré por su cámara fotográfica. Y por su coche…

Pareció dispuesta a rebelarse, pero comprendió que no conseguiría nada.

Y respondió:

—Está bien.

Sabía que su atacante le había desnudado el busto. Y comprobó con disimulo que entonces lo llevaba cubierto.

Aquello la tranquilizó.

Cerró los ojos, dispuesta a dejarse llevar, pero no sin mantenerse vigilante, aunque pensó que podía confiar en su acompañante, en el hombre que la había salvado de algo que podía ser bastante peor que la muerte.

En acuella ocasión no iba a formar parte de la leyenda, ni tampoco a ser historia por medio de las páginas sensacionalistas de la prensa.

Nancy, que se iba sintiendo mejor con ayuda de la calefacción del coche, se sintió impresionada cuando entraron en el parque, por cuya senda central, ancha, bien cuidada, se llegaba a la entrada principal de la mansión del viejo William Locksley.

Del cual había oído hablar en aquellos días, puesto que había muerto y era, por lo tanto, la noticia en la aldea.

Ella, en sus visitas tratando de fotografiar al monstruo del lago, había pasado en tres o cuatro ocasiones por la entrada del parque, el cual atravesaba en aquel momento en dirección al viejo y bien cuidado caserón de los Locksley.

Pat detuvo el coche cerca de la puerta principal de la mansión.

Y preguntó a su acompañante:

—¿ Impresionada?

—Un poco. ¿Era pariente suyo?

—¿Por qué dice “era”? —inquirió Baker.

—¿No se lo han dicho en la aldea? Ha muerto.

—No me han dicho nada.

—Es extraño, porque no se habla de otra cosa. De eso y de la llegada de sus presuntos heredero® Entre los cuales supongo que se contará…

—¿Quién sabe? Mi tío, cuyo grado de parentesco conmigo no es ése exactamente, reñimos hace años, cuando yo era aún un

muchacho. Era cosa sabida, y por eso tal vez no han querido hablar de él delante de mí en tanto estuve en la taberna...

Se abrió la puerta de la mansión. Y en ella apareció Peter Gray, un viejo servidor de los Locksley.

—Ahí está ese servil y sucio hipócrita. Se llama Peter Gray y deberá tener cuidado con él. Es tan lascivo como hipócrita...

CAPITULO II

Pat Baker ayudó a la atractiva pelirroja a salir del deportivo.

Una vez juntos los dos jóvenes, Nancy se apoyó contra el joven.

Sintió miedo y repugnancia ante la mirada que Peter Gray le dirigió, mirada que dio la sensación de que la desnudaba.

Gray estaba mojado, como si terminase de llegar a la mansión tras haber sido azotado por el viento y la lluvia.

—¿Qué sucede, Gray? No me gusta esa mirada y te voy a dejar ciego de un golpe...

El administrador y mayordomo de Locksley se inclinó servilmente a la vez que cerraba los ojos. Y dijo:

—Por favor, señor... No pretendía.

—¿De dónde vienes ahora? Porque llegas en este momento. Me gustaría examinar el barro de tus botas...

Gray, empapado en agua, con la mirada saltona, desorbitados casi los ojos, totalmente vestido de negro, calvo y con el lacio pelo que le quedaba formando una especie de cortina sobre su cráneo, reflejó miedo en la mirada.

—¿Qué quiere decir, señor? La tormenta me pilló fuera, más bien lejos. No he sido el único...

—¿En dónde te pilló? Habla de una vez.

—En el cementerio, señor. Había ido a llevar flores a la tumba de mi querida esposa.

—No seas hipócrita. A tu esposa la envenenaste porque querías casarte con aquella rubia... ¿Cómo se llamaba?

—Le aseguro, señor, que estaba en el cementerio. Pero, pasen, por favor. La señorita comienza a tiritar...

Era algo evidente y Pat se excusó con Nancy:

—Perdone .. Este indeseable tiene razón. Pase... Y le repito, tenga cuidado con él. Es repugnante, se lo aseguro...

Entraron en el hall, cerrando Gray inmediatamente la puerta.

Nancy giró la mirada en torno a ella. La casa rezumaba, más que vejez, antigüedad. Muebles, armas, cuadros, todo lo que se exhibía, particularmente las lámparas, debían valer una fortuna.

Sin embargo, mal iluminado como se hallaba, el hall tenía algo de siniestro, de poco acogedor, que la impresionó.

Y a no tener al joven Baker a su lado, se habría vuelto atrás, habría huido.

Se encendieron algunas luces más. Un nuevo personaje había entrado en escena. Se trataba de la señora Jacobs, la vieja ama de llaves de la casa, y de la cual se desprendía un hálito de humanidad del cual el mayordomo Gray carecía.

La señora Jacobs, pulcramente vestida de gris claro con notas blancas, muy blancas, delgada, de mediana estatura y de movimientos vivos, exclamó dirigiéndose a Pat:

—¡Pero si es Pat, mi pequeño Pat! ¿Quién lo habría dicho? ¿Quién te podía esperar? Se ha estado indagando tu paradero para avisarte...

—Pues me ha traído la casualidad, una especie de presentimiento. Porque termino de enterarme...

—Supongo que no lo irás a llorar. Yo tampoco lo he llorado... Pero no te preocupes. Este maldito hipócrita ha derramado lágrimas por los dos.

La mujer señaló despectivamente a Peter Gray, el cual la amenazó con el puño.

—Algún día te envenenaré la comida, Peter Gray

Como hiciste con tu mujer. Debiera haberlo hecho ya... ¡Y no me vuelvas a amenazar!

Sin darse pausa se acercó a Nancy, de cuyo estado había terminado de darse cuenta.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

—Ya te lo contaré. Atiéndela ahora, por favor...

—¡Claro que sí, en seguida! Venga para aquí, hija mía.

Seguidamente preguntó:

—¿Tu esposa; tu novia?

—No. La vi en la aldea. Y luego la he vuelto a ver cerca del lago... Pero no hablemos más. Luego nos veremos, señorita...

La señora Jacobs se llevó con ella a Nancy Lester, que comenzaba a sentirse incómoda ante Gray y en el hall. Además, experimentaba ya frío y necesitaba calor y no solamente físico.

Gray se dispuso a retirarse, pero Pat le dio el alto.

—Ven aquí, Peter. No te he autorizado a que te vayas.

—Estoy empapado, señor.

—Haber dejado encendida la chimenea. Ahora entrarías en calor

junto a ella. Por otra parte, si atrapas una pulmonía, mejor que mejor. Aunque ahora tienen ya cura. Tratándose de ti, una cura demasiado fácil.

—Sí, señor.

—¿Qué ha sucedido?

—Murió, señor.

—¿De qué?

—El doctor Chester que le ha atendido dice que tal vez sea del corazón. O de que se tenía que morir. Se quedó como un pajarito...

—Querrás decir como un pajarraco...

—Como diga el señor... Total, que se le enterró.

—¿En dónde?

—¿En dónde había de ser? En la cripta destinada a la familia, aquí mismo...

—¿Se le hizo la autopsia?

—¿Por qué se le iba a hacer? Le atendía el doctor Chester y él ha certificado su muerte.

—¿No fue una muerte repentina?

—No exactamente, puesto que el doctor Chester le trataba...

—Está bien. Hablaré con el doctor...

La actitud de Gray iba siendo menos servil. Y llegó el momento en que hizo un ademán, como desentendiéndose de lo que el joven Baker pudiese hacer. Y dijo:

—A mí, como si le quieren hacer la autopsia.

Y añadió:

—Pienso que al señor lo habrá desheredado. No lo ha vuelto a nombrar desde aquello.

—Eso es algo que no te importa, y que a mí me tiene sin cuidado. No vivo de limosnas. No necesito para nada lo que míster Locksley haya podido dejar.

Gray parecía tener menos prisa. Y prosiguió, en tono insidioso:

—Celebro que no lo necesite, porque así no se llevará un desengaño. Como el que se van a llevar los que están aquí...

—¿Quiénes están?

—Buitres que vienen por la carroña, por los despojos...

—Te voy a apalear si no tratas a mis parientes con más respeto, Gray. Porque supongo que te referirás a mis parientes.

—El señor Max Locksley y su linda señora, que fue secretaria de

mi señor...

Lo dijo con retintín que tenía mucho de malicioso.

Y Peter prefirió no darse por enterado.

Gray prosiguió diciendo:

—Está también la señorita Beth Mac Carey, cuyo padre era primo del señor...

—Conocí a Lew Mac Carey...

—Está esa entelequia que se llama señora Murdock. No nos la hemos podido quitar de encima ni echándole veneno. En cambio murió el perro que se tragó un día su comida.

—Por eso no murió ella, porque el veneno se lo tragó el perro.

—¡Es que no fue el único día que se echó veneno en su comida...!

Habló Gray con una expresión en la que no se podía saber si lo decía en serio o en broma, si había llegado al desbordamiento del cinismo.

—Pues haberle puesto otro tipo de veneno...

—Estaba enamorada del señor y a lo mejor se muere de pena. No come en no sé cuantos días.

—Así no hay quien la pueda envenenar —dijo Baker.

—Ya lo hemos pensado...

—No querrás decir que la señora Jacobs ha sido tu cómplice.

—¡Seguro que no! No quiero nada con ella...

—¿Quién más ha venido?

—Esperamos también a sus primos los Reagan. Están al llegar, si no se despeñan antes con el coche...

Seguidamente preguntó:

—¿Dispongo una habitación para el señor?

—No. Tal vez me decida a volver a la posada del pueblo... Esto está podrido, lo mismo que los que estáis aquí, a excepción de la señora Jacobs...

—¿Entonces, puedo ir a cambiarme de ropa? Le aseguro que estaba en el cementerio a llevar flores...

—¿Quién va al cementerio que te interese ..?

—Por favor, señor, yo...

—¡Está bien, largo de aquí...!

—Sí, señor...

El mayordomo desapareció rápidamente, pasándose la diestra por la cabeza para escurrir el cabello que aún goteaba agua.

Llegó al poco la señora Jacobs, la cual dijo a Pat:

—Ella duerme tranquilamente. Estaba excitada y, después del baño le he dado un tranquilizante y leche caliente. Se despertará como nueva.

—¿Te ha referido lo sucedido?

—Sí. Necesitaba hablar con alguien, desahogarse.

—¿Crees que ha podido ser Gray?

—No lo creo. Parece cierto que Gray va al cementerio. O se cita allí con alguien o pretende sorprender a alguna muchacha, allí o en el camino. Tal vez sea a la propia Maggie.

—¿Quién es Maggie?

—Es hija de un tal Salomons y vive entre el cementerio y la aldea. Viene a ayudarme en la limpieza. Una pelirroja hermosa. Parece que no tiene muchos prejuicios. Pero se burla de ese desgraciado de Gray…

—¡Ya! Entonces está explicado que Gray lleve flores al cementerio. Trata de encontrarse con ella.

—Es lo que pienso. Con tal de que un día no intente una bestialidad. Porque, cada cosa lo que sea, ella lo provoca, ¿sabes?

—Será cosa de advertirla.

—Lo he hecho ya y se ríe… ¿Quieres la habitación de siempre, la que tenías cuando eras un muchacho? Está al lado de la que le he dado a esa chica, junto a la mía.

—De acuerdo.

—Voy por tu equipaje…

—Yo lo entraré. Luego quisiera ir por el coche de ella. Y por su máquina de fotografiar.

—Parece que es periodista y que quiere fotografiar al monstruo del lago. Asegura que hoy le había hecho una foto cuando la han atacado.

—¿Quién puede ser? Porque no creerás en el monstruo del lago.

—No creo en monstruos del lago. Pienso en seres humanos, deformados por dentro más que por fuera…

Añadió:

—Si sales, ten cuidado.

—Lo tendré.

—Están sucediendo cosas muy raras. En cosa de meses dos chicas han aparecido muertas, atropelladas… No es fantasía. No eran de

por aquí...

Patrick, tras dar las gracias a la señora Jacobs, salió al exterior, tomó del coche su equipaje, nada voluminoso, y lo dejó en el hall para que la señora Jacobs lo dejase en su habitación.

Iba a salir de nuevo cuando se apercibieron de la llegada de un automóvil.

La señora Jacobs dijo:

—Serán tus parientes, los hermanos Reagan. Tienen anunciada su llegada para esta noche...

Suspiró la mujer, que dijo:

—Pienso que se va a producir más de un desengaño.

En aquella ocasión fue Pat quien se encogió de hombros mostrando su indiferencia.

Y dijo:

—No esperaba nada. Y ni siquiera tenía idea de que había muerto, aunque he pensado más de una vez que su final no debía estar lejano. Una especie de presentimiento.

Guardaron silencio ambos.

Pat había dejado abierta la puerta tras entrar su equipaje. Y la circunstancia era aprovechada en aquel momento por los hermanos Sarah y Walter Reagan, parientes de Pat y sobrinos de William Locksley.

Sarah Reagan, morena, de ojos verdes, de buena estatura, resultaba sumamente atractiva. Y ella procuraba que sus encantos se descubriesen desde el primer momento.

Su hermano Walter, moreno también, alto y de una constitución física normal, resultaba vulgar y, más que vulgar, mediocre.

Los dos primos cambiaron un apretón de manos.

Sarah, por su parte, abrazó a Pat estrechamente, como si tratara de que pudiese calibrar una buena parte de sus encantos.

Lo besó a continuación con un beso sofocante. Y dijo con mimo y voz ligeramente bronca:

—Estás estupendo, Pat. Y ha sido una verdadera sorpresa. Se corrió la voz de que habías muerto...

—Tal vez estaba muerto, pero tú me has resucitado.

Rió escandalosamente, diciendo luego a su hermano-

—¿Verdad que es ingenioso?

Y a continuación, sin esperar respuesta, abrazó a la señora

Jacobs.

—¿Cómo está, señora Jacobs? No lo diga. Está bien a pesar de vivir entre monstruos.

La sugestiva morena mantenía entre sus manos una de las de Pat.

—Si me permites. Iba a salir —dijo el joven.

—Te acompaño. Mi hermano se encargará de los equipajes. Prefiero que me raptes y si no lo haces, seré yo quien te rapte a ti.

Seguidamente tiró de Pat, saliendo con él mientras Walter refunfuñaba y la señora Jacobs sonreía con benévola expresión.

CAPITULO III

Pat abrió el coche para que entrara su prima y se situó a continuación tras el volante.

—Espero no molestarte —dijo la morena.

—No me molestas. Una chica como tú no molesta nunca...

—¿Ni aunque pretenda casarse con uno?

—Con uno no casarse si no le apetece...

Seguía soplando el viento, pero la lluvia había cedido casi totalmente. En las nubes se habían producido grandes desgarrones por entre los que se podían ver estrellas y, en alguna ocasión, la luna.

—La luna es creciente. Dentro de dos noches será luna llena. Precisamente la noche en que se leerá el testamento —dijo Sarah.

Pat, que había puesto el coche en marcha, preguntó:

—¿Tiene algo que ver la luna en creciente con lo que pueda repartir el testamento?

—La luna en creciente puede hacer que la lectura del testamento nos traiga desgracias. Y el que lo ha dispuesto lo ha debido hacer a propósito...

—¿Qué desgracias?

—¡Yo qué sé! Muertes, riñas... Las envidias, los rencores que han existido, pero que dormían, pueden estallar...

—Es posible. Pero la luna no se mete en nada de eso, te lo aseguro.

—Ella influye en nosotros sin pretenderlo, pero influye. Como en el tiempo. Y en las mareas...

—A lo que parece no habrán riñas, sino desengaños. Parece que el testamento del tío se vuelca hacia alguien...

—Y ése serás tú, naturalmente. Fuiste siempre su pariente preferido, el hijo de la prima más querida...

—Siento decepcionarte, pero parece que no hay nada de eso. Nuestra riña fue demasiado seria. Y me odiaba a muerte...

—Tal vez por eso mismo te podría dejar sus bienes. Para que todos los demás se lanzaran sobre ti.

—¿Lo harías tú?

Sarah, que se acercó mucho a su pariente, dijo en tono

insinuante:

—Lo haría, pero de diferente manera… Aunque estarán por ahí Beth Mac Carey y la propia Joan Evans que no vacilarían en echarse en tus brazos con tal de llevarse una buena parte de lo que pueda quedar.

—No me aprecias en mucho, si piensas que sería el dinero lo que las impulsaría a quererme… ¿Es también tu caso? —preguntó en broma.

—Tú sabes que no. Y de muchachos te di más de una muestra.

—Aquello eran tonterías, juegos de muchachos…

Casi sin transición preguntó Pat:

—¿Sabes conducir?

—Sí. ¿Por qué? —preguntó Sarah ligeramente desconcertada.

—Porque así conducirías tú este coche y yo me traería el otro. El de una periodista que ha sido atacada por un loco.

—No me digas que el monstruo del lago… —dijo Sarah en tono burlón.

—Un maníaco. Y no es un invento. Lo he puesto en fuga yo y hasta he disparado contra él. Han sucedido cosas así en los últimos tiempos.

—Me enteré de un par de casos. Y llegué a pensar que podía ser cosa de tío William. Pero él, esta noche…

—Está muerto…

—Exactamente. Pero ¿y ese maldito mayordomo?

—Parece que a esa hora estaba en las inmediaciones del cementerio tras llevar flores a la tumba de su mujer…

—¿Y qué hacía ese viscoso individuo por allí? Porque lo de las flores sería un simple pretexto.

—Aguardando a que pasara una chica que ayuda en la limpieza a la señora Jacobs…

—Pero eso es repugnante.

Pat rió. Y señaló un encogimiento de hombros.

—Ya hemos llegado —anunció.

Detuvo su coche a un lado del camino, detrás del de Nancy. Y dijo a Sarah:

—Aguarda aquí, pero con el coche cerrado y sin descuidarte…

—Voy bien preparada. Conmigo saldría perdiendo…

Llegó Pat hasta el lugar en que, según le había dicho Nancy,

debería estar el guante que le había arrebatado a su asaltante.

La búsqueda fue inútil. El guante no estaba allí.

Inició el desplazamiento para dirigirse al lugar en donde Nancy había sido sorprendida la primera vez.

Escuchó pasos tras él. Le seguían.

Y oyó la voz de Sarah:

—Espérame. Voy contigo…

La aguardó. Y la atractiva morena pasó su brazo derecho por la cintura del hombre.

—Así me siento más protegida que con mi pistola —dijo, con maliciosa expresión.

—Pensé que el protegido era yo…

No tardó en descubrir la máquina fotográfica. Y apenas la tuvo en las manos, comprobó que le habían quitado el carrete.

—¡Vaya! Han inutilizado su trabajo…

—No me digas que había logrado fotografiar al monstruo…

—Había logrado fotografiar “algo” que había asomado por encima de la superficie de las aguas.

La lluvia volvía a arreciar, cayendo gruesos goterones que daban la sensación de estar calientes.

—Vamos, que comienza a caer fuerte de nuevo.

—¿No has pensado que sería maravilloso querernos aquí mismo, bajo la lluvia y el viento? —preguntó Sarah con voz ronca.

Lo abrazó a continuación, aferrándose a él, estorbándole sus movimientos, Y ambos cayeron al suelo enlazados.

Sarah actuaba como una poseída. Pat hubo de realizar un esfuerzo para evitar caer en las aguas del lago, deteniéndose en la misma orilla, asiéndose a los maderos de un viejo embarcadero.

El destellar de un relámpago seguido de un trueno dio a Pat una clara visión de la situación en que se hallaban.

* * *

De nuevo junto a los automóviles, sumamente vestidos, pudo darse cuenta muy pronto Pat de que el automóvil de Nancy no estaba en condiciones de ser puesto en marcha.

—Vamos en el tuyo. Ahora tengo frío —dijo Sarah.

—Estoy seguro de que lo han inutilizado adrede…

—Le ha debido entrar mucha agua.

—De eso, nada... Vamos. ¿Qué vamos a decir a tu hermano?

—No acostumbro a dar explicaciones, y a mi hermano, menos que a nadie. Ahí en donde lo ves, tan gris, tan mediocre en apariencia, es un ser duro, sereno. Y he tenido que decirle que no tiene por qué meterse en mis asuntos en más de una ocasión. Menos mal que soy capaz de ponerle en su sitio...

Pat fingió que no oía. Y dijo, para cortar el rumbo que tomaba la conversación:

—Hemos estado a punto de caer al lago.

—Sabes nadar, ¿no? Y yo también. Y no temo al monstruo...

—Yo tampoco. Te he temido a ti.

—¿Por qué a mí? Me gustas demasiado.

—Pero está la herencia por medio. Y la mayoría pensáis que soy el favorito...

—No creo que seas tú de los que se dejan matar fácilmente... Anda, vamos. Me arreglaré un poco en el camino, así es que no tengas prisa...

—Y menos mal que el agua de lluvia nos ha servido de ducha...

—No había barro y aunque lo hubiese habido, no me hubiera molestado. ¿No dicen que somos barro?

—Barro y estiércol —puntualizó Pat, con tajante expresión.

—Pues tú eres de un barro y un estiércol muy sabrosos...

* * *

Antes de que llamasen a la puerta de la mansión de los Locksley, se abrió ésta silenciosamente.

Peter Gray, que había escuchado el ruido del coche, era quien había abierto y se inclinaba ligera y ceremoniosamente ante ellos, apuntando en su rostro una sonrisa que reflejaba hipocresía.

—Bienvenidos. Celebro que no les haya sucedido nada desagradable en esta infernal noche.

—¿Por qué nos había de suceder? —preguntó Pat.

Sarah preguntó airadamente:

—¿Qué miras, sucio escarabajo? Sí, nos hemos empapado de agua. Es lo que sucede cuando llueve y no está uno a cubierto. Como tú, cuando has ido en busca de Maggie junto al cementerio.

Pat experimentó deseos de reír por la rabiosa salida de su pariente.

Gray crispó las manos y, de poder, las habría engarfiado en la garganta de la desafiadora morena.

—Disfrutarías matándome, si te lo permitiese, ¿verdad? Pues no lo intentes porque te llevarías una sorpresa.

Entró con decisión, precediendo a Pat.

Se había dado cuenta de que no estaban solos con

Gray. Y tras recorrer con la mirada a los que se hallaban en el hall, dijo:

—¡Vaya! Parece que hay pleno.

Su hermano Walter la miraba con expresión que reflejaba ira. Ella le correspondió con una mirada burlona.

Estaban también allí Mac Locksley y su joven y bella esposa Joan Evans, los cuales los miraban con expresiones que reflejaban estupor.

También estaba Beth Mac Carey, una rubia de elásticas y proporcionadas redondeces y que, por su expresión picaresca, llegaba a resultar explosiva.

Sarah dijo a continuación:

—¡Hola a todos! La búsqueda ha resultado poco menos que infructuosa. Y menos mal que con Pat nunca se pierde el tiempo del todo.

Pat saludó con sencillez.

Y se excusó, retirándose, llevando consigo la máquina de fotografiar que había estado a punto de olvidar.

Sarah se excusó también:

—Perdonad, pero estoy cansada. Ha sido un duro viaje. Voy a ducharme... Sí, aún más. Y a acostarme.

Siguió a Pat, al encuentro del cual había salido la señora Jacobs.

—Pero ¿es que os habéis vuelto locos? Menos mal que tengo preparados los baños... Tú, ya sabes, Pat. Tú al otro extremo, Sarah. La habitación de siempre.

—¿Y por qué no pones a Pat cerca? Nos llevamos bien...

—Por eso mismo. Nada tiene que ver la amistad con el alojamiento; no es de mi incumbencia.

En lo alto de una escalera se dejó ver la señora Murdock, totalmente vestida de negro, alta y delgada y cuyo aspecto resultaba

fantasmagórico.

Era prima de la que había sido esposa del dueño de la casa. Y había quedado en ella, como una condena decretada por su esposa para William Locksley.

La mujer, una vez logró con unos golpes de su bastón que todos volvieran su atención hacia ella, dijo con voz destemplada, desagradable:

—Los buitres se reúnen en busca de los despojos…

Dejó pasar unos momentos de silencio, para proseguir a poco:

—Pues no os saldréis con la vuestra. Sé lo que hay dentro de cada uno de vosotros y os digo: os podéis marchar por donde habéis venido.

Max Locksley, que era el sobrino más directo del dueño de la casa, se encaró con la vieja:

—Echa una cremallera a esa hedionda boca y déjanos en paz. Ya sabemos que nos odias porque odias todo lo que sea juventud, belleza, o esperanza…

Sarah Reagan, que al escucharla había vuelto unos pasos atrás, dijo en voz que todos la pudieran oír:

—Tranquilos. Esta bruja, cualquier sábado de estos, sale volando con su escoba. Y no volverá, que será lo mejor de todo.

La señora Murdock se revolvió para decir en tono iracundo, amenazando a la atractiva morena con su bastón:

—Siempre habla quien más debe callar. Seguro que vendrás de revolearte en el fango con Pat. Como hacíais de muchachos…

—¿Ves como, además de bruja, eres envidiosa? Primo Max tiene razón cuando dice que odias todo lo que sea juventud, belleza, alegría…

Hizo una pausa y añadió al poco:

—A tu escoba, bruja, que yo me voy a bañar.

—¡Mi maldición para todos! —gritó la señora Murdock.

Al decirlo se apoyó con vigor en la barandilla y ésta se desprendió en una parte.

Cayó la vieja arrastrada por su propio impulso y se estrelló con ruido sordo en el suelo del hall, en donde quedó inmóvil.

El primero en llegar a su lado fue Peter Gray, quien dictaminó:

—Está muerta. Una arpía menos…

CAPITULO IV

La más sorprendida de todos los reunidos fue la propia Sarah Reagan, la cual, con paso felino se acercó al lugar en donde se había producido la rotura de la barandilla.

Pidió a continuación:

—Más luz, por favor.

Max Locksley llegó hasta la lámpara grande y la encendió en toda su potencia.

Y Sarah, tras examinar la barandilla, tanto por la parte alta como por su base, frotó los dedos de su diestra unos contra otros, miró, olió a continuación y dijo por fin:

—Esta barandilla ha sido preparada a conciencia para que sucediese esto. Ha sido un asesinato premeditado...

La atractiva morena se expresó en tono convincente y produjo honda impresión entre los reunidos, los cuales se miraron los unos a los otros.

Y Sarah continuó diciendo:

—Ninguno de los recién llegados hemos tenido ocasión ni tiempo de preparar esto. ¡Ha sido cosa de ese maldito Peter Gray! —Lo señaló con el índice de su diestra, extendiendo el brazo. Y acusó—: Tú la odiabas, Peter Gray. Y la has asesinado delante de todos nosotros...

Sintió Gray que todas las miradas convergían sobre él. Y llegó a sentir miedo.

Entonces dijo:

—¡Eso es absurdo! A esa bruja la odiábamos todos, pero ella no podía perjudicar a nadie. ¿Por qué la había de matar?

—Porque te gusta matar. Eres un sádico y otras cosas peores. Te conozco bien, Peter Gray. Te he visto espiándome, más de una vez, en otras ocasiones que he estado aquí.

Peter Gray contrajo sus músculos, apretó los puños y dio la sensación de que habría estrangulado a gusto a la atractiva joven.

Max Locksley intervino para decir:

—¿Y si eso no hubiese estado preparado contra la señora Murdock, sino contra alguno de nosotros?

Subió la escalera para acercarse al lugar de la rotura. Y realizó

un examen concienzudo de la barandilla en su parte superior.

Y luego dijo:

—Parece imposible que un cuerpo delgado, ligero, como el de la señora Murdock, haya podido romper esto. No estaba preparado contra ella, que, como ha dicho Gray, podría asustarnos y maldecirnos, pero no nos podía hacer un daño efectivo.

Sarah hizo un ademán desdeñoso y dijo:

—Está bien. Ya os las arreglaréis como podáis. Si viene algún policía, en mi cuarto estoy. Pero que no entre, a menos que sea joven y atractivo.

Se alejó, moviéndose provocativamente.

Gray le dirigió en tono bajo un duro epíteto.

Max Mac Carey sonrió. Y miró provocadoramente a Max Locksley, al cual consideraba el heredero con más probabilidades.

Joan, la esposa de Locksley, se dio cuenta de la actitud de Beth y no se mordió la lengua para decir:

—Yo sé quién es más coqueta que Sarah, aunque intenta disimularlo. Sarah, al menos, se muestra tal cual es.

Walter intervino, a su vez, para decir a Joan:

—No creo que tengas nada que envidiar a ninguna. Porque primero le hiciste arrumacos al viejo hasta sacarle lo que querías. Y luego te largaste con Max, como si dijésemos a tumba abierta.

Max arrancó un barrote de la barandilla y bajó de prisa, esgrimiéndolo, dando la impresión de que iba a golpear con él a su primo Walter.

Se interpuso la propia Joan, la cual dijo a su marido:

—¿A qué hacer caso de sus insidias? Tal vez él tenga más que callar que nadie; su propia hermana ha ido a divertirse con Pat... Que no tire piedras quien no esté libre de pecado...

—También tienes razón.

Pat, que se mantenía silencioso, escuchando a unos y otros, intervino entonces para decir:

—¿Por qué no llamáis a la policía? Es a quien corresponde realizar la investigación y acusar a quien lo considere oportuno. Vamos, Max. Tú en calidad de pariente más directo...

—Tienes razón, Pat...

La señora Jacobs, que había permanecido silenciosa, observando, dijo a Pat:

—Esto no me gusta. A veces pienso que el Señor lo ha hecho ex profeso para enfrentarnos a unos con otros. No quisiera que tú…

—-No te preocupes. Yo renuncié a la herencia cuando reñí con tío William. Y estoy aquí por pura casualidad…

—Mejor así… Voy a ocuparme de esa histérica —dijo la señora Jacobs.

La alusión era clara a Sarah, que desde la puerta de su cuarto se dirigió a Pat, al cual preguntó:

—¿No te interesa saber mi opinión? ¿No tengo derecho a participar en los consejos de familia?

—Ya te daré participación… ¿O es que no vas a dejar nunca de querer ser el centro de la atracción familiar? —dijo ásperamente la señora Jacobs.

Sarah, que no quería enfrentarse al ama de llaves, señaló en su rostro un gracioso gesto de resignación. Y dijo:

—Perdón. Sólo pretendía colaborar…

Se encerró en su cuarto.

Iba a entrar Pat en el suyo, cuando se abrió la puerta de la habitación en que se hallaba Nancy, la linda periodista. Y ésta se dejó ver.

Vestía una amplia y transparente bata que le había facilitado la señora Jacobs.

La chica parecía medio adormilada. Su rostro reflejaba curiosidad y miedo cuando se acercó a Pat para preguntarle:

—¿Qué ha sucedido? He oído gritos. Uno fue terrible. Y un golpe.

—Es mejor que descanses. Se ha matado una persona…

—¡Mi máquina de fotografiar! —pidió Nancy.

—La he entregado a la señora Jacobs para que la limpie. No te serviría de nada porque la han descargado.

—Entonces, la fotografía del monstruo…

—Se ha perdido. Y no podrás hacer un reportaje de lo que ha sucedido aquí. Al menos, un reportaje gráfico…

—No he podido dormir, Pat. He oído ruidos extraños…

—Voy a bañarme… Luego me tendrás en esa habitación, al lado de la tuya. Llama, si me necesitas o notas algo extraño.

—Lo haré. ¿Qué pasa aquí?

—Temo que el diablo anda suelto por esta casa… Y, ahora, ve

para adentro…

La atractiva periodista, sumisamente, entró en su habitación de nuevo, no sin antes volverse para dedicar a Pat una sonrisa y darle las gracias.

Pat oyó que la chica cerraba su habitación por dentro.

Oyó, asimismo, que Max telefoneaba a la policía para reclamar su presencia tras informar de lo que había sucedido.

Y entró en el cuarto de baño, un baño templado que fue tonificando sus nervios, algo de lo que estaba necesitado.

Salió del baño y se secó cuidadosamente, vistiendo a continuación la ropa que la señora Jacobs le había preparado. El ama de llaves estaba en todo, particularmente cuando se refería a él.

Salió Pat.

En el hall se habían serenado los ánimos y se conversaba en tono normal.

Escuchó Pat en la puerta de la habitación que ocupaba Nancy.

—Parece que está todo normal.

Pensó en las palabras de la señora Jacobs, tan ponderada siempre y tan fiel, más que al viejo Locksley, a lo que significaba la casa Locksley en la región: “A veces pienso que el Señor lo ha hecho ex profeso para enfrentarnos a unos con otros.”

Desechó la idea.

Y casi en el mismo instante, cuando ya tenía en su diestra el pomo de la puerta, se oyó un grito estridente.

Reconoció la voz de la atractiva Sarah, la cual debería hallarse aún en el cuarto de baño.

El grito quedó estrangulado a la mitad de su emisión.

Se oyeron ruidos de lucha y de golpes.

Un nuevo grito de Sarah pidiendo ayuda.

Y Pat corrió hacia el cuarto de baño, mientras que en el hall, tanto Max como su esposa, Walter y Beth, se ponían en pie, reflejando miedo y alarma en sus rostros.

El primero en reaccionar fue Walter, el cual se lanzó escaleras arriba para acudir en ayuda de su hermana.

Cuando ya Pat estaba cerca del cuarto de baño en donde se encontraba Sarah, se abrió la puerta con violencia y Sarah, mojada, salió corriendo.

La puerta, si había sido abierta con violencia, fue cerrada desde

dentro con más violencia aún.

Se iba a lanzar Pat contra la puerta prescindiendo de Sarah, pero ésta se echó en sus brazos.

La picante morena daba la sensación de que estaba al límite de sus fuerzas.

Y apenas en el refugio de los brazos de Baker rompió a llorar convulsivamente.

Acudía la señora Jacobs, y Pat se libró de Sarah, aunque no sin esfuerzo, entregándola al ama de llaves.

—Atiéndala. Voy a ver qué diablos sucede ahí…

Se disponía a lanzarse contra la puerta para abrirla, pero la señora Jacobs le dio una pequeña llave que escogió de entre otras.

—Toma. Con esto todo irá mejor, y no destrozarás nada.

El ama de llaves pidió ayuda a Walter y entre los dos se dispusieron a entrar a Sarah en la habitación que se le había destinado.

Pat se dio cuenta de que la chica ofrecía unas señales en el cuello, como si la hubiesen querido estrangular. Además, sangraba ligeramente por la nariz y la boca.

Abrió Pat el pequeño cuarto de baño adjunto a la habitación y penetró en él con las naturales precauciones.

El lugar era reducido, no ofrecía posibilidades para servir de escondite a nadie. Y no había nadie.

La ventana que servía de respiradero tenía una protección. Y ni aun rompiendo ésta habría permitido la entrada o salida de un cuerpo humano.

Golpeó Pat en las paredes, tratando de encontrar un lugar en que sonase a hueco.

Fracasó asimismo.

Buscó rendijas o resortes que indicasen que algún punto de las paredes, techo o suelo, podían emplearse como entrada y salida.

Fracasó una vez más.

Y se reunió con Walter y la señora Jacobs, la cual, tras secar bien a Sarah, le había puesto una holgada bata y la había acostado.

Y seguidamente le había dado un calmante.

—¿Ha dicho algo? —preguntó Pat.

—Incoherencias… Habla del monstruo… ¿Habéis tropezado con algo extraño en vuestra salida? —preguntó Walter.

—Nada extraño... Pero no se trata de nuestra salida. Ella tiene unas señales de violencia...

—Cierto. Pero también he pensado que se las podía haber producido ella sola...

—¿Ella? ¿Por qué...?

—Tal vez por llamar la atención. Padece alucinaciones, ¿no lo sabías?

—No...

—A veces pienso que se droga. El maldito LSD...

Fue interrumpido Walter por su hermana que, al oír la voz de Pat, se dirigió a él:

—Tenía la cabeza deforme, algo semejante a la del oso. Y sus ojillos eran los de un sádico, rebosaban malignidad...

Dio algunos detalles más que coincidían, en parte, con lo que le había dicho Nancy con relación al ser que la había atacado a la orilla del lago.

Diferían únicamente en detalles del cuerpo. Pero el extraño ser podía haber cambiado su vestimenta tras el remojón sufrido.

Pat se acercó a Sarah, tomó una de sus manos y le dijo:

—Calma, chica. Debe ser el mismo ser que atacó a la periodista. Duerme tranquila, que yo vigilaré...

Sarah preguntó:

—¿En dónde estaba Peter? Era su mirada; me miró como me mira Peter, con más malignidad aún...

El mayordomo llegó en aquel momento abriéndose paso entre los otros habitantes de la casa que se habían detenido a prudencial distancia de la puerta de la habitación de Sarah.

Peter Gray cojeaba ligeramente. Se había cambiado de ropa, pero se había mojado de nuevo, particularmente la cabeza, cuyas greñas se le habían pegado al cuero cabelludo.

Antes de que Pat le preguntase, se adelantó a decir:

—No he sido yo. Había ido en busca del perro. Me extrañaba no oírlo por ninguna parte: y lo he encontrado muerto, entre la leña...

—Nadie te ha acusado. ¿Cómo conoces lo sucedido?

—He escuchado gritos y he oído algún comentario. La señal de la cara me la hice con una rama, cuando tropecé y caí. Por eso cojeo.

—Tranquilo. Esa señal de la cara te salva, porque el atacante llevaba máscara. Sí, lo mismo que el atacante del lago.

La señora Jacobs se llevó a Pat aparte y le dijo: —Estoy segura de que el Señor ha pactado con el diablo… Y el diablo anda suelto por la casa…

CAPITULO V

En aquel momento se apagaron las luces de la casa, quedando encendidas únicamente dos lámparas de petróleo en el hall y una en la parte alta de la escalera.

La señora Jacobs informó a Pat:

—Cuando llueve de esta manera se suelen producir apagones. Y por eso tengo encendidas esas lámparas supletorias.

Agradeció Pat la explicación a la señora Jacobs.

Pero no estaba tranquilo y se dirigió a Walter, al cual dijo:

—Cuida de Sarah, mientras yo voy a ver qué sucede con la periodista. Temo que las mujeres corren más peligro que nosotros...

Se abrió paso Pat entre sus parientes y se dirigió a la habitación ocupada por Nancy. Antes de llegar a ella recordó que la chica había cerrado con llave por dentro.

Pegó el oído a la puerta tratando de escuchar.

Y recibió la sensación de que se luchaba. Se trataba de una lucha silenciosa, pero que debía ser terrible.

No había ocasión de retroceder en busca de otra llave. Y se decidió a golpear en la puerta con fuerza para hacer creer al posible agresor que se disponía a derribarla.

Seguidamente pasó a su habitación, corrió hasta la ventana y salió por ella.

Era un arriesgado ejercicio, en particular si la ventana de la habitación ocupada por Nancy estaba cerrada; pero debía correr el riesgo.

Lo había corrido de muchacho en más de una ocasión, cuando Sarah ocupaba la habitación que ahora tenía Nancy.

Se aferró a la ventana de la otra habitación. Molestaba el viento que no había dejado de soplar y que entonces era fuerte, acompañado por recias gotas de agua.

Sin embargo, le resultó relativamente fácil hacer saltar la contraventana de enrejillado que estaba encajada de manera sencilla.

Y apenas saltó a la habitación de la periodista alcanzó aún a ver cómo algo blanco, que podía ser la vaporosa bata que había visto llevar a Nancy, desaparecía en un rincón de la habitación, como

tragada por la oscuridad. Algo sorprendente, a pesar de que a la desaparición siguió un leve chasquido.

Se lanzó Pat, no obstante, pero chocó contra el muro.

Entonces se volvió a mirar, sirviéndose de la escasa luz que entraba por la ventana.

Y descubrió una mano que asomaba por debajo de la cama. Una mano femenina, la cual, por lo pálida e inmóvil, daba la sensación de que pertenecía a un cuerpo sin vida.

Se agachó el joven Baker y descubrió debajo de la cama a la atractiva pelirroja, manteniendo aferrada en la otra mano una de las sábanas, la cual no llegaba a cubrirle apenas nada del cuerpo.

Las ropas del lecho estaban totalmente revueltas, claro indicio de la lucha sostenida.

Y Nancy, con sus inmensos ojos abiertos, muy abiertos, daba la sensación de que carecía de vida.

Baker la tomó de una de sus muñecas y tiró suavemente, arrastrándola.

Una vez hubo logrado sacar el cuerpo de debajo de la cama, pudo darse cuenta de que la atractiva joven vivía, si bien estaba totalmente inmóvil, sin respirar apenas, y totalmente inconsciente.

Y estaba fría, muy fría.

Pat la tomó en sus brazos, la situó en el lecho y la abofeteó con energía.

Y el joven pudo apreciar inmediatamente que la atractiva chica reaccionaba favorablemente, mejorando el ritmo de su respiración y dando movilidad a sus ojos, con los cuales parpadeó agitadamente.

Pareció darse cuenta entonces de su situación; de que nuevamente había sido salvada.

Y se abrazó estrechamente al joven a la vez que daba rienda suelta a su llanto.

Baker, tras acariciarla para darle tranquilidad, dijo con voz confortadora:

—Ya pasó todo. Ahora, serénate y cuéntame lo sucedido.

Golpearon en la puerta. Y se oyó a continuación la voz de la señora Jacobs, que preguntaba:

—¿Qué sucede ahí? ¡Señorita Lester, responda, por favor!

Pat, que había comenzado a envolver con la sábana el cuerpo de Nancy, dijo a ésta:

—Cúbrete... Y regreso inmediatamente.

—La llave no está en la cerradura. La quitó, para que no pudiese escapar. Ha sido algo terrible...

Tranquilizó Pat a la señora Jacobs. Y, alumbrándose con el encendedor, buscó la llave que encontró al fin.

—¿Qué ha sido? —preguntó la señora Jacobs, alterada.

—Se ha valido de que estábamos allí, atendiendo a Sarah, para atacar aquí...

—¿Puedo hacer algo por ella?

—Parece que está más tranquila...

—En este momento ha llegado la policía... —anunció la señora Jacobs.

—Atiéndela y que estén Max y Peter contigo. Yo no tardaré en bajar.

—De acuerdo... Esta chica me gusta mucho más que Sarah...

—Y a mí también —respondió Baker.

Tanto la señora Jacobs como el joven habían hablado en voz baja, confidencialmente, particularmente en las últimas frases.

Sonrieron, a la vez que se separaban.

Se detuvo luego la señora Jacobs y dijo:

—Tenemos que hablar tú y yo.

—Tengo que preguntarte algunas cosas —dijo, a su vez, Pat.

Y en aquel momento volvieron a encenderse las luces que dependían de la electricidad.

Baker, que había podido hacer la comprobación al pasar de ventana a ventana, dijo a Nancy:

—El apagón no ha sido general, sino únicamente en la casa.

La pelirroja se había cubierto con las sábanas.

—No me extraña —dijo.

—¿Cómo ha sido?

—Me había adormilado, después que te alejaste, pero oí gritar. Fue un grito desesperado que me despertó.

—Sí, era Sarah. Había sido atacada. Afortunadamente no ha pasado del susto y alguna señal...

—Entonces me senté en la cama, tratando de oír mejor. Y percibí el ruido que hacíais vosotros. Fue cuando pensé que, si había sucedido algo, el peligro estaba conjurado. Y me levanté dispuesta a vestirme.

—¿Para qué?

—Estaba intranquila, a pesar del tranquilizante que me había dado la señora Jacobs. Me acerqué a la puerta para asegurarme de que continuaba cerrada. Y entonces se apagó la luz.

—Menudo susto, ¿no?

—Pues sí… Inicié entonces un movimiento de abrir la puerta, pensando que me convenía más reunirme con vosotros…

—Era lo mejor, sí…

—Y me quedé inmovilizada por el terror, lo confieso. Había sentido cerca de mí un jadeo… No estaba sola y ni siquiera me atrevía a girar para ver en dónde tenía el enemigo.

—¿Llegaste a verlo?

—La luz estaba apagada. Tuve que adivinar… Y me pareció que el rostro era el mismo, los ojillos crueles idénticos. Pero estaba más furioso.

—¿Te refieres al que te atacó en la orilla del lago?

—Al mismo.

—¿Alguna diferencia?

—El ropaje. Este era más peludo y apenas si estaba ligeramente húmedo.

—¿Guantes?

—Sí, de piel, peluda también, diferentes a los otros. Eso es lo desconcertante.

—Nuestro monstruo debe poseer un buen vestuario —señaló el joven con ironía.

—¿No será ese mayordomo?

—No. El estaba ahí cuando te han atacado a ti.

Se mantuvieron silenciosos.

Pat, maquinalmente, acarició la cabellera de la atractiva periodista, a la cual abrazó.

Ella le correspondió con apasionamiento, haciendo sentir el suave y tibio contacto de su cuerpo a Pat.

Entre beso y beso, dijo en tono suplicante:

—Por favor, Pat. Están todos por ahí. Y yo estoy muy asustada…

—Está bien, vístete. Pero deja la puerta abierta. Y reúnete con nosotros en el hall. Quiero saber qué piensa la policía de todo esto.

—¿Le vas a hablar del monstruo?

—No lo sé. Que hagan lo que les parezca mejor… No creo que la

policía pueda resolver nada.

Se separaron ambos jóvenes y mientras Nancy echaba mano a sus prendas de vestir, que habían secado ya, Pat descendió hasta el hall, en el cual se hallaban Max, Gray y la señora Jacobs con la policía.

Joan Evans, la ex secretaria del dueño de la casa y entonces esposa de Max Locksley, acompañaba a la asustada Sarah, que permanecía acostada.

Y Walter se hallaba en el pasillo, cerca de la puerta de la habitación de Sarah, charlando animadamente con Beth Mac Carey, la rubia explosiva, sobrina del dueño del caserón.

-—¿Es cierto que te portas como un ogro con tu hermana? —preguntó Beth a Walter.

Pat, que iba por el pasillo y escuchó la pregunta, se detuvo con el pretexto de encender un cigarrillo. Aunque lo estimó una tontería, deseaba escuchar la respuesta.

—Estoy en mi derecho, ¿no crees? —Dijo Walter—. Es mi hermana y debo protegerla de ella misma. En cierto modo, he de suplir al padre que no tiene... Pienso, además, que está “mal del piso de arriba”.

Pat intervino para decir:

—Siento haber escuchado, Beth... Pero pienso que tienes el don de meterte donde no te llaman. Y es una lástima, porque como mujer resultas sensacional...

La rubia no respondió de viva voz, limitándose a hacer un gesto de indiferencia acompañado de un característico y sugestivo movimiento de caderas.

Luego dijo, pero dirigiéndose a Walter:

—Mi madre estaba casada con un primo de tío William. Pertenezco a la familia y tengo derecho a opinar sobre sus miembros.

—El que esperes heredar no te autoriza a criticar el comportamiento de nadie.

—Debe haberse acordado de mí. En cuanto a criticar, me limito a repetir lo que se murmura por aquí, ¿no?

—No hagas caso de murmuraciones... Y aguardemos a ver qué pasa. Nos han citado a todos menos a Pat, y ha sido porque tío William lo dejó señalado así. No habrá sido por el gusto de reunimos para luego burlarse de nosotros. Está muerto.

—Es lo que pienso yo también. Aunque, como según dicen, era tan malo...

—¿Has visto su cadáver? —preguntó Walter a la rubia Beth.

—No, ni ganas. Pero he visto el certificado de su muerte. Lo ha firmado el doctor Chester...

Baker se había reunido, al fin, con la policía. El sargento que se había hecho cargo del caso, dijo a Pat:

—No hay duda de que la barandilla estaba resentida. Pero no se puede asegurar que haya sido a propósito. No obstante, vendrá un perito en esas cuestiones. Y nos atenderemos a su informe.

—¿Y qué se puede sacar en limpio? —preguntó Max.

—No mucho, porque el que lo haya hecho ha cuidado de no dejar huellas. Parece hecho ya hace algunos días...

—Incluso podría haberlo dejado preparado el tío Williams antes de morir, ¿no? —preguntó Max.

No respondió el policía, aunque en su mirada se podía apreciar que era eso precisamente lo que pensaba.

Pat dijo:

—Cabe en lo posible. La señora Murdock era una especie de “herencia” que le había dejado su esposa. Y tío William la aborrecía, porque la vieja le hacía la vida imposible.

—Ella le amargó todo lo que pudo. Era como una acusación continua contra él, porque se había portado infamemente con la tía.

Quien había hablado había sido Joan Evans, la esposa de Max, que se había incorporado silenciosamente al grupo.

Luego dijo, tanto a Pat como a Max:

—Sarah duerme tranquila. No obstante, cerca de ella han quedado Walter y Beth.

Instantes después era la periodista la que se incorporaba al grupo.

Antes de bajar había examinado la barandilla y, una vez abajo, estudió los restos de la misma, examinando también el cuerpo de la señora Murdock.

Llegó en aquel momento el doctor Chester, el cual, tras saludar a los presentes, se dirigió al lugar en donde estaba el cuerpo caído.

Y dictaminó prontamente:

—Lista para ser enterrada, a menos que la autoridad judicial piense otra cosa. Recibirá mi informe, sargento.

—¿Así está ya todo claro? —preguntó el policía, un poco asombrado.

—¿Qué quiere que le haga yo? Se ha matado, y ante testigos.

—Usted es el forense, ¿no? Tendrá que hacer una autopsia.

—¿La cree necesaria, sargento? Pues la haré. ¿Y cree que se Sacará algo en limpio?

—¿Y por qué no? Tal vez le dieron alguna droga... Según los testigos, parecía excitada.

—Ella se excitaba fácilmente. Está bien. Que la lleven al depósito. Le practicaré la autopsia allí mismo...

CAPITULO VI

Pat recibió la sensación de que la policía no se sentía a gusto en la vieja mansión de los Locksley.

Llegó una ambulancia, y el cadáver de la señora Murdock fue retirado rápidamente.

El doctor Chester, cuando aún se hallaba presente la policía, preguntó al mayordomo y administrador:

—¿En los últimos días le has administrado algún veneno a la señora Murdock?

—No tengo gana de bromas, doctor Chester.

—No son bromas. Ella se me quejó en dos ocasiones. Menos mal que te espiaba, sabía el veneno que le ibas a administrar y tomó los respectivos antídotos...

—Insisto que eso es una broma de mal gusto. Impropia del momento y de la posición que ambos ocupamos en la vida —dijo enfáticamente Gray.

—Tú te hartas de decir por ahí que yo estoy loco. Y no me ofendo. Somos amigos y a los amigos hay que tolerarles cosas.

—Es la gente la que asegura que está usted loco...

—¿Por qué trato de saber si en ese lago vive, o no, el monstruo? Eso es menos dañino que perseguir jóvenes, como hace quien yo me sé.

Sonrió el médico con inefable expresión.

Y Gray crispó los puños, reflejando ira en su expresión. Algo que resultaba característico en él.

Rió el médico, el cual dijo al sargento:

—¿Qué le parece? Gray es un criminal en potencia. Si no ha asesinado aún a nadie, puede llegar a hacerlo. Las rubias y las pelirrojas lo llevan de cabeza, en particular si son carnositas...

Rió el médico, hizo reír a la mayoría de los que escuchaban y logró que Gray se fuese denostando contra Chester.

Este, después de preguntar si alguien le necesitaba, escuchada la negativa, se despidió, marchándose al mismo tiempo que la policía.

La señora Jacobs dijo, cuando el doctor se hubo marchado:

—Un día enfurecerá a Gray y éste es capaz de matarlo. A mí tampoco me gustan sus bromas, a pesar de que me respeta.

Baker preguntó a la señora Jacobs:

—¿Qué ha querido decir con eso del monstruo del lago?

—Trata de saber si existe o no. Se ha sumergido en algunas ocasiones. Posee un equipo apropiado para ello.

Pat sonrió y cambió una mirada de inteligencia con Nancy, a la cual dijo luego:

—Tal vez la fotografía que lograste fue la del doctor emergiendo tras una de sus exploraciones...

—Si es así, ¿por qué han abierto la cámara y sacado la película?

—Tu fotografía podía enseñar que el monstruo no es tal, sino un chiflado. Entonces el lago no atraería a la gente. Y tampoco se podría culpar al monstruo de los ataques que sufren las mujeres jóvenes que se acercan a curiosear...

—Con lo que sucede, se necesita estar chiflada para correr el riesgo —dijo la atractiva Joan Evans.

—Pueden ser casos de masoquismo. Hay quien busca el deleite sexual en el sufrimiento, en la violencia. Y un sádico como el que acomete a esas mujeres es una especie de ideal para ellas.

—¡Pero diablos! Y si les cuesta la vida...

—Tal vez no piensen en ello y crean que son capaces de dominarlo. Por otra parte, se sabe de las que han quedado ahí sin vida. Tal vez otras hayan escapado con vida y han guardado su secreto —señaló Pat.

La señora Jacobs intervino para decir:

—Pienso que la mitad de la humanidad está loca. Y por si faltaba poco, ahora con esas porquerías que toman, o que fuman, o que se inyectan, vamos a peor.

—¿Se puede hablar de cena en esta casa? —preguntó Max.

—Se puede hablar. Está medio preparada... Mañana diré a Maggie que se quede para ayudarme... Aunque habré de hablar personalmente con su padre.

—Gray se sentirá muy contento —apuntó Joan.

—Maggie se quedará; pero ese repugnante individuo tendrá que aguantarse —replicó la señora Jacobs.

Se dispuso a marchar a la cocina. Y Pat la siguió, no sin antes pedir a Nancy que lo excusase por unos momentos.

Max dijo, a su vez:

—¿Y si abriésemos el bar? Estoy sediento. Y un poco de alcohol

no nos vendrá mal a ninguno...

Pat, cuando quedó solo con la señora Jacobs, le preguntó:

—¿Sabes si existen pasadizos secretos en la casa?

—Te aseguro que no tengo ni idea de ello. Pero pienso que deben existir. O tendríamos que creer en fantasmas.

—¿Tío William hizo obras en los últimos años, después de mi marcha?

—En la casa, no, que yo sepa. A menos que aprovechase mis épocas de vacaciones. Se hicieron obras en la cripta, en la capilla... Pero no en el interior de la casa.

—Tal vez aprovechó tus ausencias...

—No quedó solo jamás. Cuando yo me ausentaba, Gray se quedaba con él.

—No me fío de Gray. Ha sido siempre servil y retorcido...

—En eso estamos totalmente de acuerdo, Pat... La verdad es que habría preferido que no hubieses venido hasta que todo esto hubiese terminado.

—¿A qué te refieres?

—A la lectura del testamento y el reparto de los bienes... Aunque sigo pensando que habrán desengaños, si hay lugar a ellos.

—¿Qué quieres decir?

—Para experimentar desengaños hay que estar vivos. Y aquí huele a muerte que apesta.

—No hay que ser tan pesimista. Por cierto, cambia a la señorita Lester de habitación. La pasas a la mía, Y yo ocuparé la de ella.

—¿No te habrás vuelto loco?

—No...

—¿Por qué no la llevas a la aldea y que se quede en el hotel? ¿No tiene habitación en él?

—Es periodista. Y parece que todo lo que sucede aquí le atrae...

—Como quieras...

* * *

Pat, que se había tumbado vestido en la cama, aguardó pacientemente a que todo fuese quedando en silencio en la mansión, a que todas las luces fuesen apagadas.

Le pareció que el último en retirarse era Peter Gray, el cual

parecía totalmente tranquilo, como si no le afectase en absoluto lo que había sucedido, no solamente a la señora Murdock, sino a las dos jóvenes.

Una vez Gray se hubo retirado, Pat aguardó una media hora más.

Afuera seguían el viento y la lluvia, la cual cesaba en algún momento para seguir minutos después, pero con renovados bríos.

Y al fin el joven se decidió a salir. Vestía de oscuro, con ropa cómoda, que le permitía facilidad en sus movimientos.

Y calzaba unos flexibles y silenciosos mocasines.

Abrió la puerta de su habitación y se mantuvo a la expectativa, escuchando y tratando de habituar su vista a la escasa luz del caserón.

Falta de luz que no le preocupaba demasiado, ya que se había provisto de una linterna de pilas. Y una pistola automática, aunque no pensaba emplear esta última para alumbrarse.

Tal pensamiento le hizo sonreír.

Apenas había salido Pat, se dio cuenta de que no estaba solo. Le llegaba un perfume femenino que conoció pronto. Correspondía a Nancy Lester, la cual, tras cerrar cuidadosamente, sin ruido, la puerta de su habitación, se disponía a reunirse con el joven.

Este la aguardó.

—-¿Es que no podías dormir? —preguntó Pat.

—No se trata de eso. Estoy tranquila y hasta he dormido como cosa de una hora.

—¿Entonces...?

—Me di cuenta de que tú no dormías. Y hasta te he espiado...

—No soy el monstruo...

—Ya lo sé. Si fueses tú el monstruo pienso que tendrías buena clientela femenina —bromeó Nancy.

—Gracias...

—Me di cuenta de que espiabas a Gray...

—No era exactamente eso lo que hacía. Aguardaba a que se retirasen todos; y él fue el último en hacerlo.

—Se quedó solo y estaba muy tranquilo. No demostraba miedo alguno...

—Me he dado cuenta de ello. Tampoco nosotros demostramos miedo... Y no tenemos nada que ver con lo sucedido...

—Tú me entiendes... Y por eso mismo estás aquí.

—Sí, te entiendo...

—Pienso que Gray puede ser cómplice del monstruo ese. Mejor que monstruo, le podemos llamar sádico.

—Exactamente. ¿A dónde vas a ir a parar?

—A que el sádico ese habita en esta misma casa. Puede ser tío William; puede ser otro...

—Tío William ha muerto. Por eso están todos aquí.

—¿Estás seguro de que ha, muerto?

—Sinceramente, no.

—Y ésa es la razón de esta salida nocturna.

—Sí.

—¿Qué hay de tu otro pariente? Me refiero a Robin Locksley...

—Aseguran que está muerto, que lo asesinaron.. Pero ¿cómo sabes...?

—Su supuesta muerte dio bastante que hablar entonces. Fue hace ocho o diez meses, ¿no?

—Exactamente hace unos siete meses y medio...

—Lo asesinaron cuando iba embarcado y su cadáver fue lanzado al mar, cerca de la costa...

—Sí...

—Pero nadie ha visto el cadáver. El mar se lo tragó...

—No es imposible.

—Pero tampoco probable. De no haber llevado un peso que lo inmovilizara en el fondo, el mar devuelve todas esas cosas. Aunque sea destrozadas.

—Es cierto. No había pensado en ello.

—Pero hay más. Aseguran que Robin Locksley ha sido visto después de su supuesto asesinato.

—¡No me digas! ¿Y cómo lo sabes?

—Soy periodista y me he especializado en historias de este tipo. ¿Por qué crees que estoy aquí?

Nancy y Pat hablaban en tono bajo, manteniéndose inmóviles y muy cerca el uno del otro.

—Pensé que te interesaba el monstruo del lago.

—No creo en esas cosas. Me interesa la historia de los Locksley. Y también las muertes de esas jóvenes, a orillas del lago.

—¿Así pues, tío Robin vive?

—Al menos, hace cosa de mes y medio, vivía. A menos que haya

habido una confusión —dijo la atractiva periodista.

—¿Piensas que todo esto puede ser obra de él?

—Puede ser obra de él o de otro. Soy bastante imaginativa, pero, profesionalmente, me gusta trabajar sobre hechos concretos.

—De acuerdo. Vamos adelante.

Descendieron con el máximo cuidado al hall, los dos jóvenes.

Y Pat, que llevaba de la mano a Nancy, tiró de ella, llevándola hacia la cocina.

—Allí hay vina salida...

—Pensé que este caserón comunicaba directamente con la cripta.

—Sí, por la capilla. Pero pienso que es el lugar menos adecuado para llegar sin ser notados hasta la tumba de mi pariente.

Hubieron de pasar ante la puerta de la habitación en donde dormía Gray, cerca de la cocina.

Desde el exterior pudieron escuchar los dos jóvenes los sonoros ronquidos del mayordomo y administrador de los Locksley.

Sonrieron divertidos.

Pasaron a la cocina y por ella al exterior.

—Lo he hecho de muchacho muchas veces —explicó Pat a Nancy, un poco asombrada de la facilidad y seguridad con que Pat se movía, un Pat para el cual no parecían existir obstáculos.

Luego dijo la pelirroja:

—Creí que para tus aventuras empleabas las ventanas de la casa. Y que ni siquiera tenías que salir de ella.

—¿Quién te ha hablado de eso? ¿La señora Jacobs?

—No. Ella es reservada. Pero tus parientes hablan más de la cuenta, se echan en cara demasiadas cosas y no se preocupan de bajar la voz. Es como si quisieran herirse con la voz y con lo que dicen.

—Es lo que buscan. Y mientras no empleen el veneno o las armas...

—¿Tan malos son?

—No son malos. Son ambiciosos y amorales. Todos ellos. No se salva ni uno solo.

Hizo una pausa el joven, antes de añadir:

—Parece una tradición familiar...

—No te preocupes. Cosas así suceden en algunas familias...

Se deslizaron los dos jóvenes, una vez fuera, bien pegados a la

pared, oscurecida por la suciedad y el agua de la lluvia.

Giraron luego por un saliente y se detuvieron en la entrada de la cripta, situada cerca de la puerta exterior de la capilla.

—¿Miedo? —preguntó Pat a la chica.

—Sí. Pero soy capaz de aguantarlo... Vamos, abre...

—Estoy pensando en que no se oyó nada cuando mataron al perro.

—¿Y cómo lo interpretas?

—Tuvo que matarlo alguien en quien el perro confiase. De lo contrario habría ladrado.

—No había pensado en ello. ¿Gray?

—¿Y por qué no? El perro le podía estorbar para sus idas y venidas y no habrá vacilado en sacrificarlo.

Abrió Pat la entrada a la cripta. Y en el mismo instante escucharon un gemido estremecedor.

CAPITULO VII

Nancy se abrazó a Pat, el cual la protegió con su cuerpo.

No se repitió el gemido. Sin embargo, al establecerse la corriente de aire el viento silbó de manera semejante al sonido del gemido.

Y fue el propio viento quien cerró la puerta, dejando a los dos jóvenes en la más absoluta oscuridad.

—Tranquila, ha sido el viento...

—No, lo he oído perfectamente... —susurró Nancy.

Y en aquel momento volvieron a escuchar el gemido, el cual parecía haber salido de una garganta femenina.

Nancy se apretujó más contra Pat, estorbando los movimientos de éste, quien hubo de volver a tranquilizarla.

Seguidamente encendió la linterna de pilas y comenzó a descender por la húmeda escalera que moría en el mismo centro de la cripta.

Apenas abajo, descubrieron un túmulo sobre el cual se hallaba un féretro.

Cerca del túmulo, en el suelo, retorciéndose, jadeando y gimiendo como una poseída por el diablo, se hallaba una hermosa mujer.

Una mujer a la cual reconocieron pronto:

—Joan Evans, la esposa de Max...

—Pero está viva, no se le aprecian señales de violencia...

—Ya me doy cuenta...

Se acercaron a ella y pudieron darse cuenta de que la hermosa mujer daba la sensación de hallarse en otro mundo lejano, un mundo de ensueño.

Iba a llamarla Pat, pero lo impidió Nancy, que dijo:

—No la despiertes. Podría sucederle algo malo...

—¿Piensas que está hipnotizada?

—No sé decirte cómo está, pero su estado no es normal...

—¿Cómo habrá llegado aquí? —Preguntó Pat—. Porque no se aprecia señal alguna de violencia.

—Ni de ropa —comentó Nancy.

La crisis de que Joan era presa parecía remitir de manera paulatina.

Pat y Nancy, sin dejar de observarla, se acercaron al túmulo y miraron al interior del féretro, cuya cubierta era transparente.

Allí, aparentemente al menos, en eterno reposo, se hallaba William Locksley, según creyó Pat.

—¿Es él? —preguntó Nancy.

—Sí, es tío William —respondió Pat.

—Entonces, está muerto…

—Sí… No ha podido ser él…

Volvieron los dos jóvenes sobre Joan, la cual había cesado en sus movimientos y daba la sensación de que estaba dormida, con un sueño plácido, tranquilo.

Nancy se despojó de la fina chaqueta de lana que llevaba y que pertenecía a Pat y cubrió con ella parte del hermoso cuerpo de Joan.

Los dos jóvenes se sentían como oprimidos por algo que escapaba a su capacidad de raciocinio.

—Tío William sentía inclinación por toda mujer joven y atractiva que tuviese a su alcance. Y Joan no podía ser una excepción.

—Le sentó como un tiro cuando Max se la llevó, ¿verdad?

—Es lo que dicen.

Recibieron, una vez más, la sensación de que no estaban solos, sin contar para nada con Joan.

Y hasta les pareció percibir como el leve ruido de una respiración mal contenida.

Se produjo una leve corriente de aire.

Pat tomó a Nancy de una muñeca y tiró de ella, buscando refugio de una de las paredes en la que se hallaban nichos correspondientes a antepasados de los Locksley.

El joven apagó la linterna de pilas.

—¿Qué sucede? —preguntó Nancy.

—Viene alguien…

—No estamos solos, lo sé. Y luego, esa corriente de aire.

—Porque ha entrado una persona y al abrir, se establece la corriente con los respiraderos de que dispone la cripta.

Nancy se abrazó una vez más a Pat, que la estrechó entre sus brazos.

—Noto que me sucede algo extraño, algo que no había experimentado jamás. No me dejes sola.

-—No había pensado en tal cosa… También yo experimento algo

extraño...

Pat besó ardientemente a la chica, la cual se estremeció palpablemente.

—Por favor, Pat... —suplicó ella.

El hombre parecía olvidado de todo lo que les rodeaba que no fuese la atractiva periodista.

—Estamos como embrujados, lo siento —dijo la pelirroja, incapaz de resistirse.

—Hay algo extraño en el ambiente. El olor no es el corriente, el que siempre dominó en la cripta. Percibo un perfume enervante, algo que puede en mí —dijo Pat.

Atrajo hacia sí a Nancy, sin que ella opusiese la más mínima resistencia. La abrazó estrechamente; la sentía entregada totalmente.

Se oyó un ruido procedente de la escalera que conducía a la cripta desde la capilla.

—Viene alguien —dijo la pelirroja.

—Que vengan los que quieran, pero que nos dejen en paz — arguyó Pat, sin soltar a Nancy.

La periodista se estremeció.

Y desorbitó la mirada cuando, por encima de uno de los hombros de Pat descubrió la silueta de un hombre.

La chica sacó fuerzas de flaqueza y dijo:

—Está ahí... Y viene armado. Lleva un cuchillo, o algo por el estilo. Es un hombre...

En la cripta comenzaba a existir una luz difusa, vaga, que permitía ver siluetas que parecían envueltas en un halo de irrealidad.

—¿Qué está sucediendo, Pat? — preguntó la periodista a su acompañante.

—No me importa.

—Vámonos de aquí...

—No...

El hombre armado que había descubierto Nancy pareció vacilar en principio; y se desplazó hacia los dos jóvenes.

La pelirroja estuvo a punto de gritar. Y Baker se volvió a mirar al notar la expresión de terror que, momentáneamente, había reflejado el rostro de su linda acompañante.

El hombre armado, que se movía como un autómata, como si

estuviese hipnotizado, corrigió la dirección de su desplazamiento.

Y entonces marchó con decisión hacia donde se hallaba Joan Evans, la cual, como si en su sueño presintiese lo que podía suceder, comenzó a moverse Pero eran movimientos de inquietud, muy diferentes de los que hacía cuando había sido descubierta por Nancy y Pat.

Este, que reconoció al hombre armado, dijo:

—Es Max…

Nancy, realizando un esfuerzo para romper el abrazo con Pat, dijo a su vez:

—Hay que evitarlo…

—No puedo dejarte… ¿Es que no lo comprendes?

—Es preciso…

Max se inclinaba ya sobre Joan.

—Sucia ramera, lo sabía…

Nancy logró empujar a Pat con violencia y, una vez libre, corrió en dirección a Max dispuesta a sujetarle, a luchar con él para evitar el crimen.

Llegó a tiempo de empujarle y lanzarlo al suelo cuando ya se disponía a matar.

Pero de forma instintiva se revolvió contra Nancy, disponiéndose a hundir en su cuerpo el cuchillo que esgrimía.

Pat, al sentirse empujado, al ver que Nancy se arriesgaba, reaccionó, rompiendo aquella especie de embrujo que le había dominado.

Y tras dar dos zancadas saltó como habría podido hacerlo un felino, cargando contra Max que había logrado incorporarse.

Los dos hombres rodaron con violencia, tomando ventaja Pat sobre su pariente, aunque éste había logrado mantener el cuchillo en su mano.

Nancy había descubierto la lámpara de pilas que Pat había dejado caer, y corrió hacia ella, encendiéndola.

Estaba convencida de que Max actuaba bajo una influencia extraña y consideró que la luz podía ser una buena arma para romper aquella especie de maleficio.

Baker, en tanto, había logrado dominar a Max con su mayor corpulencia, sujetando con su mano izquierda, y contra el suelo, el brazo armado.

Y en aquel momento le asestó una serie de bofetadas a derecho y revés.

La periodista enfocó con la lámpara el rostro de Max, dirigiendo el centro de la luz a los ojos.

Gimió Max, soltó el cuchillo y, tras parpadear, abrió los ojos.

Al sentirse lastimado por la luz, desvió la mirada.

Y entonces descubrió a la periodista primero y a su pariente después.

Y preguntó, con iracunda expresión:

—¿En dónde está esa zorra? Me la habéis quitado de las manos.

—Despierta, Max. Estáis siendo víctimas de una especie de maleficio. Y pienso que os han hipnotizado, si no hay algo peor en todo esto.

Se dio cuenta Max de la presencia de la periodista y dijo, con evidente desprecio:

—¡Vaya! Parece que estamos en plena juerga. Y el lugar es el adecuado. Una cripta...

—Ya hablaremos de eso, Max. ¿Estás bien? ¿Sabes ya en dónde estás y quién eres?

—¡Lo he sabido siempre!

—No me digas que sabías a lo que venías...

—¡Claro que lo sabía! Sospechaba todo esto... ¿Y estas dos? No sé quién me da más asco de todos vosotros.

—Si no terminas de decir tonterías te voy a dormir de un puñetazo —amenazó Pat.

Nancy, entretanto, se había apresurado a volver al lugar en donde había estado con Pat.

Y seguidamente fue a reunirse con Joan, la cual aparecía tranquila de nuevo.

Baker había guardado el cuchillo que esgrimiera Max y, llevando a éste debidamente controlado, se reunió con Nancy.

La periodista señaló:

—Duerme. ¿Crees que debemos despertarla?

—Hay que intentarlo. Y salir de aquí cuanto antes... Este odioso perfume puede llegar a dominarnos otra vez...

Fue Nancy la que, tras cubrir a Joan con su chaquetilla de punto, se encargó de despertarla, empleando para ello un procedimiento similar al empleado por Pat para despertar a Max.

La atractiva ex secretaria de William Locksley pareció darse cuenta rápidamente de su situación y del lugar en que se hallaba.

Y permaneció silenciosa, mirando tan pronto a su marido como a Pat y a Nancy, que la contemplaban con curiosidad.

—¿Qué ha sucedido, Joan? —preguntó Nancy, con expresión afectuosa.

La sugestiva mujer miró a su marido, luego a Pat y a Nancy y seguidamente frotó las manos enérgicamente por su cuerpo.

Y dijo al fin:

—Por el momento no quiero recordarlo. Tengo frío...

—Pero ¿lo recuerdas? —preguntó Pat.

—Sí, lo recuerdo perfectamente —replicó Joan.

—¿Te diste cuenta de cuando entramos Nancy y yo?

—No. ¿Entrasteis?

—Estamos aquí, ¿no?

—Sí, claro... Pero parece que eso estaba fuera de programa y por eso no lo puedes recordar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Joan con evidente curiosidad.

—Ya hablaremos arriba, cuando estemos todos un poco más tranquilos.

—Yo estoy tranquila...

Tras decir tal cosa, Joan mostró curiosidad por el túmulo y el féretro que había en él.

Nancy se dio cuenta de la curiosidad de Joan y enfocó la linterna para que se pudiese ver el cadáver que se hallaba en la caja.

Y llegó la sorpresa.

Joan desorbitó la mirada y exclamó:

—¡No! ¡No es posible!

—¿Qué quieres decir? ¿No sabías que tío William había muerto? —preguntó Pat.

La mirada de Joan reflejó desorientación, falta de sentido de la realidad.

Y tardó en responder. Cuando lo hizo, dijo:

—Sí, hemos venido porque él había muerto. Y se nos ha convocado para la lectura del testamento.

—En tal caso, ¿qué cosa no es posible?

—No lo sé, Pat. Ya hablaremos cuando estemos más tranquilos. Tú tenías razón. Vamos.

Fue la primera en iniciar la marcha dirigiéndose hacia la escalera que conducía de la cripta a la capilla.

CAPITULO VIII

En la chimenea del hall quedaban encendidas aún algunas resecas ramas, aunque no daban ya llama.

Y Pat, que parecía el más tranquilo de los cuatro, el menos afectado por lo sucedido, después de añadir algunas ramas más, todas ellas bien secas y delgadas, hizo jugar el fuelle hasta lograr que las llamas volviesen a alegrar y calentar la estancia.

Se hallaban encendidas únicamente dos luces eléctricas a ambos lados del hall mientras que el lugar de la chimenea, en donde se habían reunido, permanecía en la semioscuridad bajo el juego lumínico de las móviles llamas.

Max se dejó caer en uno de los butacones. Daba la sensación de hallarse totalmente abatido.

En el camino de regreso de la cripta había recogido la bata y dos prendas más que Joan había dejado cuando se dirigía al lugar en donde había sido encontrada.

Joan permanecía de pie, cerca del fuego, sin más prenda de vestir que la que Nancy le había prestado.

Y Max le alargó las prendas recogidas, a la vez que le decía:

—Toma. Al menos, ponte eso, si no quieres ir a vestirte.

—No quiero ponerme nada. Me encuentro perfectamente bien así.

Intervino Nancy, tratando de romper la tensión entre Joan y su marido.

—Necesitamos beber algo, digo yo. ¿Hago té? ¿O preferís alguna bebida moderadamente alcohólica?

Subrayó la palabra “moderadamente” tratando de hacer comprender lo improcedente de ingerir bebidas fuertes en el estado en que se hallaban.

—Yo opto por un cubito de hielo flotando en una buena ración de whisky —dijo Max, tratando de aparentar humor.

—Yo también quiero whisky. El té me excita —dijo Joan.

Intentó despojarse de la chaqueta de punto, pero Nancy se lo impidió. Entonces protestó:

—Esto me molesta. Quiero sentir el calor de las llamas directamente sobre la piel.

—Eres mi mujer, ¿no? Quiero que te portes decentemente —dijo Max mostrando sorda irritación.

—“Era” tu mujer. Pero se terminó. Tendrás todas las facilidades que quieras para el divorcio… Estuve loca cuando me casé contigo.

—Ahora es cuando estás loca.

—Es posible. Pero es una locura diferente —replicó Joan, girando sobre sí misma, cerca de la chimenea en donde se mantenía de pie.

—Para mí, vino. Si hay Oporto, mejor —pidió Pat.

—Por decoro… —comenzó a decir Max.

—¿Qué es eso? —preguntó ásperamente Joan.

—Yo opto también por el Oporto —dijo Nancy, la cual fue al mueble bar, comenzando a servir lo que se le había pedido.

Mientras ella servía, se mantuvieron todos silenciosos, fijas las miradas en las llamas que, de tanto en cuanto, avivaba Pat.

Una vez hubo servido la pelirroja, fueron bebiendo todos en silencio, como si cada uno de por sí temiese a las consecuencias que se pudiesen derivar del raro comportamiento de Joan y de lo que se pudiese hablar allí.

Fue Pat quien rompió el silencio para decir:

—Era un ambiente extraño el de la cripta. Aquella tenue luz que tenía mucho de irreal, el perfume enervante…

Siguió un lapso de silencio que rompió Nancy para decir:

—No comprendo aún nada, de verdad. Me sentía arrebatada por algo inexplicable contra lo que me sentía incapaz de luchar…

—Ya… Te hubiese gustado continuar en aquel lugar de muerte… Estamos podridos —dijo Max sarcásticamente.

La periodista no pareció sentirse molesta; y respondió:

—En aquel momento no era yo, era otra… Pienso que a Pat le sucedía algo semejante…

—Ya… —volvió a decir Max en tono sarcástico.

—Sé que estaba ida y no me importa reconocerlo. De no haber entrado tú, ¿quién sabe? Tú mismo actuabas bajo una influencia extraña.

—¿A qué fuisteis allí? ¿A investigar? ¿El qué? ¿Nuevas sensaciones, sentidas en la sombra?

—No quiero enfadarme contigo, Max… Quería ver el cadáver de tío William.

—Sí, igual que Joan, ¿no es eso? —preguntó Max a su esposa.

—No pienses que temo a la verdad. Y la vais a saber… Si os parece un absurdo, me da lo mismo.

Rió Joan de forma que resultó hiriente para Max, quien crispó los puños, como si quisiera golpearla. Pero se mantuvo inmóvil, silencioso.

Joan, tras una pausa, prosiguió:

—Yo estaba sola. Había estado leyendo y me disponía a acostarme. Notaba algo extraño en el ambiente. Entró alguien, pensé que era Max y me dispuse a echarlo…

—Pero no era yo, está claro —dijo, en tono burlón.

No hizo Joan caso de la interrupción de su marido; y prosiguió:

—No lo podía ver en la oscuridad, pero era fuerte, corpulento… Me dominó con facilidad, casi sin violencia…

—¿Por qué la violencia si cediste? —preguntó Max.

De nuevo Joan hizo caso omiso a la interrupción de Max. Cuando prosiguió se dirigió a Nancy para decirle:

—Mi asaltante no llevaba máscara ni disfraz alguno. Se producía en silencio y sé que, en principio, me llevó en sus brazos. Todo esto estaba totalmente a oscuras…

—¿No te habías dormido, cuando te sentiste atacada? —preguntó Pat.

—No, creo que no. Estaba despierta.

—¿En qué pensabas?

—En las extrañas circunstancias que se estaban dando, en lo sucedido a Nancy y a Sarah…

—Claro, y con tu pensamiento llamaste al sádico monstruo ese —intentó burlarse Max.

Joan se mostró despectiva con su marido, tanto en el gesto como en el ademán.

—¿Antes de que te atacasen, no notaste algo extraño? —preguntó Pat.

—¿Como qué?

—Un perfume… O algo que brillase en la oscuridad de tu alcoba y que te obligase a fijar la vista en ello.

—Sí, se percibía el perfume. Ahora que lo dices, y tras haber olido el que se percibía en la cripta, lo recuerdo. Era el mismo.

Tras una corta pausa prosiguió:

—En cuanto al brillo Pensé que podía ser el espejo. Sí, eso es, me pareció que era el espejo y hasta me miré en él… Extraño, ¿no? Porque estaba a oscuras…

—¿Ni siquiera existía la luz difusa que hemos percibido en la cripta?

—No estoy segura. Entraba una difusa luz del exterior por una rendija de la ventana. E incidía, precisamente, en el espejo, ahora recuerdo.

—¿Qué más?

—Me sentí llevada por el hall, luego pasamos a la capilla… Recibí la impresión de que mi cuerpo era ingrávido… Y no era un sueño. Porque a veces lo he soñado, pero esta noche era una realidad…

—Seguro que era una realidad —interrumpió Max, con adustez.

—Al fin había podido ver el rostro de mi raptor. No os lo vais a creer, pero era William Locksley. Estoy segura de ello.

—¿Cuándo te diste cuenta de eso?

—Estábamos aún en la capilla, mientras se abría la puertecilla que conduce a la cripta.

—¿Y no intentaste rebelarte?

—Lo intenté, pero me dominó con facilidad… Bueno, reconozco que mi resistencia no fue muy firme…

Volvió a permanecer silenciosa unos minutos, como si hubiese quedado en éxtasis.

Al fin prosiguió:

—Cuando lo sentí más cerca, no fui capaz de resistirme.

Dirigió una mirada implorante a Nancy y dijo:

—Después de lo que has vivido tú, estoy segura de que me comprenderás.

—Creo que sí… Sí, te comprendo.

Max se puso en pie de un salto. Estaba furioso. Y gritó:

—¡Pero él está muerto! ¿O es que no lo has visto? Todo eso lo has soñado, después de que escuchaste los relatos de lo sucedido a Sarah y a Nancy…

—No he soñado. Sé que no he soñado…

En aquella ocasión se dejó caer en un sillón frente al fuego. Parecía fatigada y confusa a la vez.

—Sí, claro. Te dio pruebas de su adoración por ti y luego se

volvió a su caja, la cerró y...

Seguidamente quedó silencioso, volvió su mirada a Pat y le preguntó:

—¿No se estará burlando de nosotros ese maldito viejo, ese sucio sádico? Porque lo ha sido durante toda su vida, desde niño. He oído cosas de él que primero me hacían reír, pero que ahora...

Max se bebió de un trago el whisky que quedaba en su vaso y dijo a continuación:

—Pero eso lo voy a poner en claro ahora mismo. Y si se finge muerto, lo mataré, sí, lo mataré ahora mismo.

Tomó en la diestra el hierro de atizar el fuego de la chimenea y se desplazó en dirección a la capilla.

Pat se puso en pie asimismo y lo siguió a pesar de que Max dijo en tono agresivo:

—No te metas en esto o te mataré a ti también... Voy a matar a un cadáver. ¿O es que no lo comprendes?

Joan, que en principio se puso en pie, dispuesta a intervenir para aplacar a su marido, volvió a dejarse caer sentada.

—¿Qué más da? Lo que tenga que suceder, sucederá lo mismo.

Nancy, que se había puesto en pie asimismo, decidió quedarse con Joan.

En aquel momento hizo su aparición Peter Gray, a medio vestir.

El mayordomo preguntó con voz alterada:

—¿Qué diablos sucede?

Le respondió Nancy:

—Sígalos. Puede no suceder nada. Y puede suceder algo terrible...

Gray parecía tan confundido que ni siquiera se dio cuenta de que Joan Evans estaba sumariamente vestida.

Y siguió detrás de Baker, el cual mantenía distancias con Max a pesar de las prisas de éste.

Joan, como si la presencia de Gray la hubiese vuelto a la más absoluta realidad, comenzó a arreglar el desorden que en sus prendas de vestir, según ella, había introducido supuestamente el difunto dueño de la mansión.

—¡Vuelva aquí! ¿Es que se ha vuelto loco? —gritó Gray.

Max atravesó apresuradamente la capilla y abrió de manera violenta la puertecilla que daba acceso a la escalera que conducía a

la cripta.

Se lanzó escaleras abajo.

Gray había alcanzado a Max y ambos estaban ya muy cerca de la puertecilla cuando se produjeron ruidos que no eran de pisadas normales.

Siguieron ruidos de golpes, un leve gemido y más ruido, como de un cuerpo que rueda por una escalera.

—Esa maldita escalera —murmuró Gray.

Fue el primero en entrar, siguiéndole Pat, al cual recomendó:

—Tenga cuidado. Hay humedad y están resbaladizas.

Pat, que las había subido no hacía mucho, recordaba tal fenómeno y bajó de prisa pero con el máximo cuidado, lo mismo que Gray.

Cuando llegaron abajo vieron que Max había quedado tendido boca arriba, con los ojos muy abiertos, reflejando espanto.

A Baker le bastó un ligero examen para dictaminar.

—Está muerto.

—Seguro que está muerto —corroboró Gray inclinándose sobre Max Locksley.

—Se ha debido desnucar al caer —dijo Pat.

—Eso creo. Y ya lo verá el médico, porque yo no me atrevo a tocarlo. Y más, después de lo sucedido a la bruja Murdock.

—Afortunadamente el uno debe servir de testigo de descargo al otro, en el caso de que nos acusaran...

—Sería una estúpida acusación. Y el sargento no es tonto. Ya lo ha demostrado en lo de la bruja esa...

—Un poco de respeto, Gray...

—Ella no se hizo respetar, sino odiar. Yo pensé que algún día saldría volando en una escoba y se perdería para siempre.

Luego preguntó:

—¿Adónde iba este loco?

—Quería matar a tío William. Porque parece que - no está muerto —se atrevió a bromear Pat.

—Eso es fácil de comprobar. Usted mismo lo puede ver.

—Ya lo he visto...

—Pues vamos a verlo otra vez, por si se ha escapado. Tenía algo de vampiro el señor. Y ya se sabe, a estas horas...

Llegaron hasta el sarcófago. El difunto yacía inmóvil, rígido,

mostrando un principio de descomposición cuyos gases empañaban el cristal de la mirilla, impidiendo ver con claridad el rostro del cadáver.

—¿Está seguro de que es tío William? —preguntó Pat.

—Yo lo vi morir. Y creo que me alegré de ello. ¿Quién otro podía ser?

Sonrió Gray. Su sonrisa daba más en mueca burlona que en sonrisa.

Pat pensó que su primo Max reflejaba en su rostro un terror impropio de lo que se debía suponer que había sido su muerte.

CAPITULO IX

Cuando la policía se hubo marchado, el doctor Charles dijo a Joan:

—Habré de encargarme yo de la autopsia, en mi calidad de forense suplente del doctor Chester. Este se ha largado a visitar a sus pacientes sin dejar siquiera una sola nota de aviso, siguiendo su maldita costumbre. —Tras una pausa, añadió—: Allá a las diez habré terminado la autopsia y el informe. Y podréis retirar el cuerpo una vez el juez lo autorice.

Joan señaló un gesto de indiferencia. Pat dijo, por su parte:

—Max debe ser enterrado en la cripta, junto con sus antepasados.

Se despidió el doctor Charles. Y Gray, tras cerrar la puerta, volvió al grupo, el cual estaba compuesto en aquel momento por todos los que se hallaban en la casa, incluida la señora Jacobs, la cual se retiró de nuevo al no necesitar nadie de sus servicios ni sus atenciones.

Gray, con expresión entre irónica y siniestra, dijo, dirigiéndose en particular a Pat y a Joan:

—El señor aborrecía al joven señor Max Locksley. Lo aborreció de siempre.

—Déjate de chismes, Gray. Si no tienes nada mejor que decir, haz la del humo.

—El señor se sentirá muy satisfecho en el más allá de recibir el alma del señor Max Locksley...

—¿Y qué sucederá si reciben la tuya? Porque la tienes más allá que aquí. Lárgate y no me hagas perder la paciencia —dijo Pat en tono amenazador.

Se apresuró el mayordomo a marchar, pero no sin antes dirigir una mirada maliciosa a Joan, la cual había terminado de arreglar su tocado para recibir a la policía.

Y todos pudieron oír como Gray, al retirarse, decía para sí:

—Me gustaría saber quién es el próximo...

Le respondió ásperamente Sarah, la cual dijo:

—Procura no resbalar en una piel de plátano. Porque el que está marcado eres precisamente tú. Lo he visto sobre tu cabeza...

Denostó Gray por lo bajo y desapareció cojeando ligeramente.

Al quedar solos, dijo Pat dirigiéndose a todos los reunidos :

—La policía ha dado por bueno que se mató al golpear con la parte posterior de la cabeza contra uno de los escalones.

—¿Acaso no es así? —preguntó Beth.

—Pienso que no. Para producirse eso, él tendría que haber resbalado. Y tal como está la escalera de húmeda, el resbalón habría dejado una huella...

—Es lo normal —dijo Walter, mostrándose interesado.

—Pues no hay huella, lo examiné bien antes de que nadie pudiese patear por allí. Por otra parte, está su gesto de horror...

—Natural, al resbalar...

—No... Tengo la impresión de que antes de caer vio algo. O vio a alguien. Y que fue ese alguien quien le golpeó...

—Gray y tú estabais muy cerca de él...

—Sí, pero no lo teníamos a la vista... Además, están los ruidos que percibimos. No se corresponden con un simple resbalón y una caída...

Walter creyó sentir sobre él las miradas acusadoras de todos, a excepción de Beth.

Y se apresuró a decir:

—Y no le quería, pero tampoco le aborrecía.

Intervino Beth, la cual dijo:

—No le aborrecías, claro. Pero era un obstáculo entre la herencia de tío William y tú.

—Contigo sucede lo mismo, ¿no? —preguntó Walter a Beth Mac Carey, mostrándose violento.

—Sí, claro, pero yo no he tratado de justificarme. Además, de recibir herencia, será porque tío William me habrá dejado algo en el testamento.

—Hipócrita... Tú piensas que porque tío William te apreciaba mucho, vas a ser su niña bonita —acusó Sarah.

—Tengo derecho a pensarlo, ¿no? —Preguntó la rubia explosiva —, Pero tu hermano, lo mismo que tú... Porque Joan, Pat, Gray... Y hasta Nancy Lester tienen coartada. Pero nosotros...

—Yo estaba contigo... —se apresuró a decir Walter.

—Tú me habías hecho compañía. Pero te largaste bastante antes de que sucediese la muerte...

—No puedes saber...
—Claro que lo sé. ¿O piensas que no tengo reloj y que no sé calcular el tiempo? Sarah, tú y yo, de momento, no tenemos coartada...
Intervino Pat para decir:
—Dejad eso ya. No creo que haya sido cosa de ninguno de nosotros. Nadie podía pensar en que Max reaccionaría de la manera que lo hizo. Precisamente vosotros ignorabais lo sucedido...
—¿Qué sucedió? —preguntó Beth en tono fingidamente inocente.
—No te importa —replicó Joan con aspereza.
La rubia explosiva suspiró. Y luego dijo:
—¡Vaya! Otra que ha debido tener alguna experiencia con el monstruo sádico ese. ¿Me equivoco, Joan?
—Eso es cosa mía... Y yo pienso: ¿Es que tienes envidia?
—¡Oh, no! No necesito de esas experiencias. Conozco a los hombres; son tan repulsivos como el monstruo ese, ¿no?
Pat cortó la discusión antes de que Joan volviese a replicar:
—¿Queréis callar de una vez? Todo eso no hace sino empeorar las cosas. ¿Por qué no nos vamos a dormir? Y mañana será otro día. Con luz de sol se ven las cosas con más optimismo.
—¿Acaso es fácil dormir con la muerte suspendida sobre nuestras cabezas? —preguntó Walter.
—No hay para tanto. Además, el sádico ataca solamente a las mujeres —intervino la rubia explosiva.
—Max no era una mujer y está muerto —dijo Walter con sombría expresión.
—El se lo buscó, ¿no? ¿Qué diablos iba a hacer en la cripta? Según oí, Gray le gritó para que volviera y Pat intentó evitar que pudiese marchar. ¿Qué pretendía? —preguntó Beth Mac Carey.
Pat se puso en pie y una vez más reanimó el fuego que ardía en la chimenea y que él había cuidado de que no se extinguiera.
—Si el sádico atacó a Joan, era lógico que Max tratase de matarlo —intervino Sarah.
—No parece que Joan lo haya pasado tan mal —señaló la rubia.
—Por eso mismo —dijo Walter en tono tajante.
La rubia Beth se encogió de hombros, y dijo:
—Esto no hay quien lo entienda.
Tras un prolongado lapso de silencio, dijo Walter:

—Se debería adelantar la lectura del testamento. Mañana a las diez o como mucho, a las once. Pero de la mañana.

Joan intervino para decir:

—Tío William dispuso cuándo y cómo se debería leer. Y el notario no aceptará un adelantamiento.

—¿Esperabas algo, Joan? —preguntó el propio Walter.

—No creo que a mí me haya dejado nada. Y muerto Max, sin hijos en nuestro matrimonio, no tengo derecho a nada.

Pat no quiso hacer comentario alguno, aunque su mirada se cruzó con la de la propia Joan primero y con la de Nancy después.

—¡El maldito tío William! Debimos inhabilitarlo antes de que nos tendiese esta trampa. ¡Porque esto es una trampa para que nos destrocemos! —gritó Walter.

—Sexo y crimen. Esto es cuanto nos ha ofrecido. Además parece que también le gusta revolcarse en la sangre de sus víctimas —dijo Beth, que no perdía ocasión de fastidiar a sus parientes.

—Yo me largo; y no voy a aguardar a mañana. Pasaré el resto de la noche en la posada del pueblo. Vamos a prepararlo todo, Sarah... —pidió Walter.

—Yo no me muevo. Vete tú si quieres...

—Pues, sí, me iré... ¿Vienes tú, Beth? Lo que nos toque, ha de venir igualmente a nuestras manos... Pasaremos la noche en la aldea...

—La verdad es que no me seduces como compañero de aventura. Me has decepcionado...

Estuvieron todos a punto de reír, aunque fueron capaces de aguantarse.

Walter, hosco el semblante, se puso en pie y tomó el camino de su habitación, sin dar las buenas noches.

Beth Mac Carey, la atractiva rubia, se dispuso a seguir su ejemplo.

Se desperezó, procurando poner de relieve los muchos atractivos que poseía, haciendo una auténtica exhibición en las narices de Pat. Y dijo:

—Me voy a dormir, porque esto se pone de un aburrido que no hay quien lo aguante.

—¿Por qué no le haces una visita a Peter Gray? A él eso le divertiría en grande y no creo que tú lo pasaras mal —dijo Sarah

con ironía.

—La idea no es mala, porque Gray no es mucho mejor de lo que podría ser otro cualquiera. Pero hay que guardar las distancias.

Suspiró ruidosamente, dirigió a Pat una prometedora mirada y comenzó a subir la escalera en busca de su dormitorio.

Sarah, comportándose de una forma más normal, dio las buenas noches y se retiró también.

—¿Crees que tendremos paz en lo que resta de noche? —preguntó Nancy, quien hasta el momento se había mantenido al margen de los choques entre los primos.

—-Espero que sí. Pienso que hasta los fantasmas tienen necesidad de descanso.

Se dirigió luego a Joan que, sentada frente al fuego, se mantenía silenciosa.

—Celebro que nos hayamos quedado solos. No hemos podido hablar aún...

—Si os estorbo, voy a intentar dormirme —dijo Nancy.

—No estorbas. A fin de cuentas estás, prácticamente, al corriente de todo —respondió Joan.

—Dijiste que había sido tío William. Pero tío William está muerto, lo he comprobado. Y hasta se inicia ya el período de descomposición...

—Ha sido tío William, lo sé. Le he sentido. Y tengo motivos sobrados para conocerle.

—¿Puedo saber...?

—Puedes saber, de lo contrario habría guardado silencio...

Tras otra breve pausa prosiguió:

—William Locksley, cuando yo era su secretaria intimó conmigo... Era algo que yo, entonces, temía y esperaba. Confieso que él me gustaba; pero también llegué a tomarle miedo...

—Sí, tienes motivos para conocerlo bien —dijo Nancy.

Entonces le gustaba ya disfrazarse de bestia... Sorprenderte cuando menos lo esperaba. Particularmente bajo la lluvia o cuando había luna llena…

Tras otra pausa dijo Joan:

—Debí estar loca cuando acepté el empleo. Pero confieso que me atrajo desde el primer momento y que, por otra parte, necesitaba el salario, un salario que era más del doble del que yo había disfrutado

jamás.

—¿Crees que el hecho de que te casaras con Max ha ejercido influencia en él?

—Creo que sí, bastante influencia. Aunque él iba derivando ya hacia toda clase de locuras… Creo que me comprendéis, ¿verdad?

—Sí, te comprendemos… —dijo Nancy.

—Pero si ha sido él quien te ha llevado esta noche a la cripta, ¿quién es el que está allí, en su lugar?

—Después de lo que sé, no tengo ninguna duda. Tiene que ser su hermano Robin, porque Donald Locksley, el padre de Max, murió en accidente, pero se pudo comprobar que era él. Y está enterrado y bien enterrado.

—Lo dices con rencor…

Era por el estilo de William, pero menos generoso. Una noche no lo maté por verdadero milagro.

—¿También trató de…? —preguntó Nancy.

—También. Pero él me repugnaba…

De nuevo los tres personajes guardaron silencio, mostrando evidente preocupación en sus rostros, en sus actitudes.

Al fin dijo Pat:

—Así pues, estamos ante un sádico asesino que se finge muerto, que tiene motivos para conocer como nadie todos los secretos de este antiguo caserón. Un ser que carece de escrúpulos, que disfruta matando…

Cuando Pat calló, dijo Joan:

—Un ser que cuenta y juega con nuestra ambición. Que juega, asimismo, con lo que de masoquistas tenemos muchos seres. Poco o mucho, pero lo suficiente como para sentirnos atraídas por la trampa…

La propia Joan, tras una pausa, prosiguió diciendo:

—Nos cabe una solución personal: Irnos. Él, no creo que nos siga. No abandonará lo que es su coto de caza.

—Lo has calificado bien. Su coto de caza… Nosotros podemos irnos y salvar así nuestras pieles. Pero habrán víctimas, las ha habido ya. Seres atraídos por las leyendas…

—Seres enfermos…

—Sí, seres enfermos a los que no podemos abandonar. Me quedo —dijo Pat.

—Y yo también —apoyó Nancy.

—Si vosotros os quedáis, yo no abandono. Tendré siempre un arma al alcance de la mano y no vacilaré en emplearla.

Lo dijo en tono bajo, mirando hacia los rincones en sombra por temor a que William Locksley estuviese presente.

—No te daría ocasión a emplearla. Recuerda que la otra vez te hipnotizó e hizo lo propio con Max, al cual ordenó que te matase…

—No cabe duda de que fue así, aunque Max creía otra cosa. Debió haberse sincerado con nosotros. Tal vez no hubiese muerto —manifestó Joan.

CAPITULO X

Nancy Lester, la atractiva periodista, logró conciliar el sueño, al fin, tras todas las emociones vividas.

No tenía idea de lo que había dormido cuando la despertó un leve ruido. Un ruido que no la habría despertado a no estar sometida a la tensión a que la habían llevado los acontecimientos.

Cuando despertó, miró instintivamente para el reloj de sobremesa. Eran las tres y diez de la mañana. Apenas hacía poco más de una hora que se había acostado por última vez.

Percibió, entonces, Nancy, un perfume extraño. Y recordó.

Era el mismo que dominaba en la cripta cuando descubrieran a Joan.

Iba a gritar pidiendo auxilio. Pat estaba en la habitación de al lado y la oiría perfectamente.

Abrió la periodista la boca, realizó un esfuerzo al darse cuenta de que no le salía la voz. Y se echó las manos a la garganta, en la cual notaba una extraña sensación, como si la tuviese, dormida.

Al darse cuenta de que la voz no le obedecía, quiso saltar de la cama. Y tampoco le respondieron los músculos.

Al mirar en torno pudo darse cuenta de que no era solamente el enervante perfume lo que se percibía en la habitación. Estaba también la tenue luz, producida por un gas fluorescente.

Acaso el gas fluorescente conducía con él, también, el perfume enervante que no solamente la paralizaba, sino que parecía despertar sus ansias más secretas.

Y Nancy comenzó a sentir que perdía el dominio de sí misma y que, sin querer, se retorcía como había visto hacer a Joan cuando la habían encontrado en la cripta.

Se sintió horrorizada al comprender que no podía luchar contra el dominio que sobre ella, y por medio del gas y el perfume, comenzaba a ejercer un ser que debía ser monstruoso y extraño.

La atractiva pelirroja notó que se movía la lámpara del techo, como si hubiese entrado una corriente de aire que la impulsara, imprimiéndole un movimiento de vaivén.

Alzó Nancy la mirada y vio que en la lámpara brillaba algo que no había visto hasta entonces.

Recordó algunas de las palabras de Joan y del propio Pat en relación con el supuesto hipnotismo de que Joan había sido víctima.

Quiso resistirse a ser hipnotizada, pero no pudo resistir el influjo de todo lo que le rodeaba y que convergía en ella.

Y llegó a experimentar la sensación de que si había recobrado el movimiento, en cambio había perdido por completo la voluntad.

Y entonces le llegó una voz susurrante, queda, que parecía flotar en el aire, como el perfume...

—Descuídate...

Pretendió rebelarse, pero no pudo.

Oyó un leve ruido en la puerta. Giró la mirada hacia ella y recibió la impresión de que alguien intentaba abrir.

Ella había cerrado con llave, la cual había dejado puesta en la cerradura. Y se dio cuenta de que desde fuera la hacían caer al suelo.

Miró. La llave debía haber caído sobre un papel introducido con anterioridad. Y desde fuera tiraron del papel arrastrando con él la llave.

Aquello significaba que, quien fuese, podría abrir, abriría a no mucho tardar.

En lugar de asustarse deseó que abriesen pronto y que fuese Pat Baker el intruso.

Recibió la impresión de que podía levantarse para salir al encuentro del que estaba haciendo girar la llave en la cerradura.

Se había, sentado ya en la cama con los pies en el suelo, cuando la misma voz susurrante dijo:

—No es quien imaginas... Quien entra es ese sucio sádico y contrahecho, sí, Peter Gray. Es un monstruo que te ultrajará primero y te matará después...

Nancy miró con expresión de horror en dirección a la puerta que comenzara a abrirse lentamente.

La voz prosiguió diciendo...

—Debes defenderte... En el cajón de la mesilla tienes un cuchillo. Mátale...

Nancy no era capaz de resistir a las órdenes que recibía. Y cuando la puerta quedó entreabierta y asomó por ella la cabeza de Peter Gray, se sintió dominada por una fría furia.

Y sintió deseos de matar, de hacer correr la sangre de Peter Gray.

Abrió el cajón de la mesilla de noche. Lo hacía todo con seguridad, como quien tiene bien aprendida la lección. Y tomó el cuchillo que encontró en el cajón.

Peter Gray, sin dejar de mirarla, entornaba ya la puerta empujándola con uno de sus pies.

Y la pelirroja inició el desplazamiento, manteniendo el cuchillo oculto en la espalda.

Oyó Nancy decir a Gray:

—Sabía que me estabas esperando. En el fondo todas sois lo mismo.

Avanzó Gray dispuesto a estrechar a la pelirroja entre sus brazos; y salió decidida Nancy a su encuentro.

Y cuando se hallaba a menos de metro y medio de él, alzó el cuchillo, dispuesta a apuñalar al intruso.

Se abrió, de improviso, la puerta, de manera violenta; entró Pat Baker con la rapidez de un meteoro y golpeó a Gray, atacándole por la espalda.

El mayordomo recibió el fuerte impacto en una de sus orejas y salió lanzado de lado, dio un violento giro y cayó al suelo en donde, tras dar otra voltereta, cayó inmóvil.

La misma voz ordenaba en aquel momento:

—¡Mata!

Nancy se había dado cuenta de que quien había entrado últimamente era Pat.

Sin embargo, no se pudo contener y, experimentando las más contradictorias sensaciones, atacó, tratando de apuñalar al joven Pat.

Intuyó éste lo que podía suceder y fue capaz de esquivar el golpe.

Y seguidamente sujetó a Nancy, a la cual desarmó, haciéndole soltar el cuchillo.

Se debatió la pelirroja, que tan pronto deseaba herir a su joven amigo con uñas y dientes, como se estrechaba contra él deseando ardientemente su abrazo.

Sujetó bien Pat a la periodista, dominándola con su fuerza superior, y acudió a la luz, la cual encendió.

Y abrió la puerta, dándose cuenta de que debía dar un lugar de escape al gas y al perfume que se había acumulado en la alcoba de la pelirroja.

Al quedar la alcoba inundada de luz, al ir desvaneciéndose el gas con el perfume y desapareciendo los efectos de ambos, Nancy sintió que comenzaba a recobrar el dominio de sí misma, a darse cuenta de cuál era su verdadera situación.

Y comenzó a llorar abrazándose a Pat fuertemente, de manera frenética casi.

—Calma... Parece que ha pasado ya todo...

—Ha sido terrible...

Baker, tratando de dar un sentido humorístico a sus palabras, dijo a Nancy:

—Suéltame, pelirroja, y cúbrete con algo. Una dama no debe recibir de esta forma a un caballero. Además, me domina una rara excitación...

—Lo siento, Pat. ¿Qué sucede aquí? Ese cerdo ha pretendido que yo le estaba esperando. Debe estar en combinación con el otro...

—No juzgues sin oír al acusado. Es una buena norma —replicó Baker despegándose de la apetitosa pelirroja—. Eso, de momento —prosiguió Pat, tras una pausa—. Yo me llevaré afuera a éste, mientras te vistes. Pero no cierres la puerta. No estoy tranquilo...

Una vez cubierta con una bata, Nancy volvió a abrazar a Pat, al cual dijo:

—Yo también estoy excitada, terriblemente excitada.

—Lo comprendo. Pero ahora, arréglate.

Peter Gray, aunque con movimientos torpes, había logrado sentarse en el suelo. Una vez sentado se llevó ambas manos a la oreja en que Pat le había golpeado.

Seguidamente miró en torno, reflejando vivo estupor en su semblante. Y dijo, dirigiéndose a Pat:

—Todo esto es absurdo.

—¿Recuerdas lo sucedido?

—¡Claro que lo recuerdo! Pero no me he podido rebelar. Alguien me ordenaba, me empujaba... Y yo sentía irrefrenables deseos de estar con la señorita Lester...

—Que te aguardaba.

—Era lo que yo pensaba, lo que me decía una voz interior...

—¿Qué te decía esa voz interior?

—Que ella quería ser mía... Y que la matase luego, para que no me pudiese denunciar...

Señaló un lapso de silencio antes de proseguir:

—¡El diablo anda suelto, señor!

—Déjate de estupideces, Gray. Esto ha sido demasiado gordo. Ella tenía orden de matarte y lo habría hecho, de no impedirlo yo. Aunque en aquel momento yo lo ignoraba...

Gray bajó la cabeza, dando la sensación de que se sentía avergonzado.

Nancy, que había terminado de vestirse y que se había ido tranquilizando, se reunió con los dos hombres.

Y propuso:

—Vamos abajo y charlaremos. Necesito un trago. Por otra parte, no estoy tranquila aquí. No me quedaré sola, otra vez, en la alcoba...

Bajaron al hall y, una vez instalados en él, con sendas bebidas que preparo el propio Gray, preguntó Pat a éste:

—¿Qué hay de tío William? No creo que esté muerto a pesar del certificado de defunción que ha firmado el doctor Chester...

—Está muerto, señor... ¿O es que no ha visto su cadáver sobre el túmulo, en la cripta?

—Si está muerto, ¿por qué no lo han enterrado? Será mejor que te sinceres de una vez. De lo contrario, tu vida valdrá menos que nada.

Gray, tras mirar en torno reflejando miedo, dijo:

—El señor está hibernado. Se pusieron de acuerdo el doctor Chester y él. Y lo volverá a la vida cuando haya pasado todo esto...

—¿Y cómo lo volverá a la vida civil? Oficialmente está muerto; hay un testamento. No se habrá nombrado heredero él mismo...

El rostro de Gray reflejó perplejidad. Y dijo a continuación:

—Supongo que tomará el nombre de su hermano Robin, que murió hace unos meses... ¡Sí, claro! Dejará a su hermano Robin todo lo tuyo...

Baker, en tono amistoso pero amenazador a la vez, dijo:

—Gray. O eres tonto o te quieres burlar de mí. El cuerpo que está en el féretro encima del túmulo no está hibernado, está muerto. Y ha entrado ya en período de descomposición...

—No puede ser...

—Y quien nos está fastidiando a todos, es el propio tío William. Voy a hacer saltar de la cama al doctor Chester y lo haré venir ahora mismo. Seguramente ya habrá regresado de su visita médica.

Baker se puso en pie, tomó el aparato telefónico y se dispuso a marcar un número. Se dio cuenta entonces de que el teléfono no funcionaba.

—¡Bien! No funciona… Tal vez tío William nos ha oído y trata de evitar que descubramos la verdad… Lo cual me parece una tontería…

CAPITULO XI

Peter explicó a continuación lo sucedido, y que había sido algo semejante a lo que le había pasado a Nancy, hasta quedar hipnotizado y a merced de su hipnotizador.

—Vamos a descansar. Y te recomiendo que dejes la ventana y la puerta abierta —dijo Pat a Gray—, Así no podrá concentrarse ese maldito gas ni tampoco el perfume...

—Está bien. Y pienso que mañana mismo me largaré de esta casa. A mí me han engañado también y me querrá matar porque he comenzado a descubrirlo —respondió Gray.

Con evidente temor caminó en dirección a su habitación, situada no lejos del hall.

Pat y la atractiva pelirroja quedaron frente a frente. Pat le preguntó:

—Tendremos que descansar. ¿Te llevo a la aldea y te quedas en tu habitación del hotel?

—Los demás estáis aquí. ¿Por qué he de abandonar yo?

—Te ha atacado ya tres veces. Y tú no esperas herencia alguna.

—Ni tú tampoco.

—Soy de la familia.

—Y yo soy periodista. Debo hacer mi información.

—En eso debo darte la razón.

—Dejaré la puerta abierta, como Gray. Y dejaré abierta la ventana, también. La primera vez que me auxiliaste entraste por ella. Conocías bien el camino, ¿no?

—Es algo arriesgado, pero tampoco difícil... Ten en cuenta que, hasta los diecinueve años, he pasado más de media vida en este caserón...

—¿Por qué no hacemos una cosa?

—Tú dirás...

—Te puedes quedar en mi misma habitación.

—Puedo dormir en la alfombra envuelto en una manta...

Se besaron apasionadamente. Y Pat tomó a la chica de la cintura, comenzando a desplazarse en dirección a la escalera.

Iban subiendo lentamente y llegaban al rellano que formaba la escalera a su mitad, cuando escucharon un grito que reflejaba terror.

Se abrió una puerta con violencia y Walter Reagan, que era quien había gritado, salió corriendo, lanzándose escaleras abajo de manera atropellada.

Los dos jóvenes se hubieron de apartar para no ser atropellados por el hermano de Sarah.

La luz era escasa, a pesar de lo cual tanto Pat como Nancy se dieron cuenta de que Walter sangraba por el cuello por una herida que se cubría con una mano para adormecer el dolor y mitigar la hemorragia.

—¡Me ha querido asesinar! ¡Me ha querido asesinar! —gritó, sin dejar de correr.

Cayó antes de llegar al hall, dio dos aparatosas volteretas y una vez en el suelo del hall se puso en pie de nuevo, prosiguiendo su carrera en dirección a la puerta de la calle.

Contra lo que Nancy y Pat podían imaginar, Walter abrió la puerta con facilidad.

Lo cual significaba que habían sido descorridos los cerrojos así como la cerradura que Gray había cerrado bajo el control del propio Pat.

Este gritó, presintiendo algo terrible.

—¡Espera, Walter!

Walter no le escuchó o, si le escuchó, no le hizo caso; y salió velozmente.

Siguió un grito estremecedor, a su salida. Luego se produjo el ruido de la caída de un cuerpo y vino a continuación un silencio opresivo.

En la lejanía se escuchó el ladrar de un perro, rompiendo el impresionante silencio.

Y en el pasillo a que daban las puertas de las habitaciones, se produjo ruido de pasos.

Una persona avanzaba en dirección a la escalera, como si persiguiese a Walter.

Pero su caminar era lento, inseguro.

Nancy, lo mismo que Pat, alzaron la vista. Y la primera se apretujó contra el joven Baker, buscando protección en su cuerpo.

Por el pasillo, en dirección a la escalera, caminando como una sonámbula, avanzaba la explosiva rubia Beth Mac Carey.

Cubierta por una bata, calzaba unas zapatillas de medio tacón,

en chancleta, con las cuales, en su impreciso y rígido andar, producía el extraño ruido sobre la madera del piso.

Y en la mano derecha asía un cuchillo que estaba ligeramente ensangrentado.

Pat vaciló. Tenía el convencimiento de que a su pariente Walter le había sucedido algo grave, posiblemente, irremediable.

Pero tal vez la rubia Beth necesitaba más que nadie su ayuda. Aparte de que, tal como estaba, constituía un auténtico peligro.

Se oyó una leve y burlona carcajada que resultó escalofriante, como si alguien gozara con el daño que se iba produciendo prácticamente en cadena.

Pat hubo de realizar un esfuerzo para soltarse de Nancy que se aferraba a él. Se excusó con ella.

—Perdona, pero...

—No vayas, te matará...

Saltó Baker la escalera de dos saltos y se encontró frente a Beth, la cual dio la sensación de no reconocerlo. Sin embargo levantó el brazo armado.

Y se oyó una voz susurrante, que decía:

—Mátalo. Es tu enemigo. Quiere quedarse con todo lo que te pertenece... Mátalo...

Cuando Pat se enfrentaba ya con Beth, se abrieron dos puertas más en el pasillo.

Y en ellas aparecieron Joan por una parte y Sarah por otra.

Esta última preguntó:

—¿Y mi hermano? ¿Qué ha sucedido?

Pat no respondió, desentendiéndose totalmente de las dos últimas apariciones.

Beth se había detenido también, dando la sensación de que buscaba la forma de no fallar su golpe, como si se diese cuenta de que no se hallaba ante un enemigo fácil.

Pat hizo un amago y, de improviso, se despojó de la prenda de punto que vestía y la lanzó contra Beth;

Atacó ésta con el cuchillo dirigiendo a su pariente un golpe que, de encontrarlo, lo habría matado.

Pero el joven había sabido esquivar a la vez que descolocaba a la atractiva rubia, a la cual no dio ocasión de que repitiese su ataque.

Se escucharon dos sonoras bofetadas y Beth, al recibirlas, se

tambaleó visiblemente, dejando escapar el ensangrentado cuchillo.

Nancy, entretanto, había reaccionado favorablemente y se dirigió a las llaves de luz, dando profusa iluminación no solamente al hall, sino al pasillo en donde se hallaban Pat y Beth.

La sugestiva rubia, al recibir los golpes y ser herida su vista por la profusión de luces, parpadeó, dando la impresión de que despertaba.

Comenzó por mirarse a sí misma, miró luego el cuchillo ensangrentado a sus pies y dirigió la mirada seguidamente a Pat que se hallaba frente a ella.

Dijo entonces:

—Menos mal que no te he matado... ¿Y esa sangre?

—De Walter...

—¿En dónde está él? Recuerdo que estaba conmigo y que le he atacado. Me lo ordenaron, te lo aseguro...

—Lo sé...

—¡Es terrible lo que sucede!

—No debiera haber venido ninguno de nosotros. Y una vez aquí, puesto que vinimos, debimos largarnos. Pero la sucia ambición nos ha atado... Ese sucio y odioso sádico nos ha atacado aprovechándose de nuestra ambición.

Se volvió a oír una carcajada como la anterior, una carcajada que resultó espeluznante.

Y la rubia se abrazó a Pat.

—¡Protégeme, Pat! Quiere matarme, lo sé... Me odia.

Subió Nancy, que separó un tanto bruscamente a Beth de Pat, diciendo a la primera:

—Anda, ve, vístete. La moda de ir en ropa íntima, mal cubierta por una bata transparente, todavía no ha llegado, por más que algunas os empeñéis en lucirla...

Joan intervino cortando un posible altercado, llevándose a la rubia Beth, a la cual dijo:

—Vamos, yo te ayudaré. Comprendo lo que te ha sucedido...

Pat a su vez dijo a Joan:

—Abrid puertas y ventanas, que se desvanezca ese gas y ese olor con el cual os está dominando...

Volvió a oírse la carcajada, si bien dio la sensación que se producía más lejana, aunque aumentaba de volumen a causa del

eco.

Pat se dio cuenta, entonces, de que la casa debía estar dotada de altavoces, situados en puntos estratégicos y que tío William debía estar en aquel momento en el lugar que debía servirle de refugio, y en el cual debería tener, no solamente el micrófono, sino otras instalaciones.

Gritó, pensando que su tío le podría oír:

—¡Sé que estás vivo, tío William! Pero te queda poco tiempo ya para cometer más crímenes. Eres un sucio sádico.

Respondió otra carcajada semejante a la anterior.

La señora Jacobs, que se había despertado y vestido, se dejó ver; y otro tanto sucedió con Peter Gray.

Pat se dirigió a todos, incluidas Sarah, Joan y Beth, que se hallaban aún cerca.

—Tened cuidado. Lo mismo que hay altavoces, pueden haber micrófonos que recojan todas nuestras conversaciones, el ruido de nuestros desplazamientos… No me extrañaría, tampoco, que contase con un circuito cerrado de televisión y que controle, también con ella, nuestros movimientos…

Seguidamente se dirigió a Nancy que se hallaba a su lado:

—Ahora vamos a ver qué le ha sucedido a Walter. No se le ha vuelto a oír.

—Lo sé. Y no me gusta nada.

Descendieron al hall y se dirigieron a la puerta de la mansión, puerta que continuaba abierta.

En el hall se les reunieron, silenciosos, asustados, la señora Jacobs y Gray.

Pat, que iba delante, descubrió el cuerpo de Walter, caído y con la cabeza en medio de un charco de sangre.

Iba a adelantarse para inclinarse sobre él cuando Nancy lo aferró por un brazo, tirando de él.

—¡Cuidado! ¡Mira…!

Cruzado frente a ellos, una vez pasada la puerta, brillaba un fino y tenso alambre a la altura aproximada del cuello de Pat. Era el mismo que había producido la muerte de Walter.

CAPITULO XII

Pat pensó en telefonear de nuevo a la policía. Cuando lo intentó, comprobó que los teléfonos no funcionaban.

—Lo había olvidado. Antes quise telefonear al doctor Chester…

Se oyó una voz que llegó por los altavoces. Una voz susurrante, bien conocida ya.

—Tú morirás también, Pat. Serás el último, porque antes caerá Gray… Y las chicas tendrán que quedarse aquí, conmigo. No podrán escapar nunca, nunca.

Lo repitió él y lo repitió el eco, como para dar mayor fuerza a sus palabras.

Gray, por orden de Pat, cortó el alambre que había causado la muerte de Walter.

—¡Intenta huir, Peter! ¡O tú, Pat! Y sabréis lo que es bueno… Os dejaréis aquí la piel y los huesos…

Volvió a reír de forma hiriente, amenazadora.

Comprendió Pat que las cuatro jóvenes, en particular la explosiva rubia y Joan estaban dominadas por el miedo, mientras Sarah sentía la angustia de saber que su hermano estaba allí, cerca de ella, muerto.

La misma voz prosiguió:

—Ellas cuatro serán para mí y no podrán escapar. Porque la que lo intente lo sentirá… Lo mismo que la señora Jacobs, que será el fiel perro guardián de ellas…

Volvió a reír con acentos que resultaban estremecedores, particularmente por el clima que había sido capaz de crear en una noche en que el viento y la lluvia se sucedían a intervalos, poniendo su sello de angustia, de desesperanza.

La señora Jacobs, que reflejaba en su semblante la más viva sorpresa, reaccionó, de pronto, mirando a Gray con violenta expresión.

—Tú sabías que no había muerto… Y te lo has callado. Has sido testigo de todas sus locuras… Has estado a punto de ser víctima de ellas… Debiéramos entregarte a la policía… Y tal vez lo haga.

—¡Yo no sabía que se podía mover; que estaba totalmente vivo! Lo debían hibernar y yo cuidaría de todo hasta que él fuese vuelto a

la vida...

—Eres un estúpido, lo has sido siempre... ¿En dónde está ese endiablado doctor Chester? Está peor que el señor, está más loco. Y ojalá que no lo pague caro. .

La palabra “caro” fue repetida por los altavoces como si se tratase de un desdoblamiento del eco.

Para Pat aquello fue como una especie de presentimiento.

Y dijo, en tono bajo, dirigiéndose a todos:

—Ha matado, o matará, al doctor Chester. Es el testigo que más daño le puede hacer... Y ahora, silencio todo el mundo. Hay que descubrir los micrófonos y las pequeñas cámaras de televisión. Estoy seguro de que existen.

Miró Pat a Gray, y éste, sintiéndose acusado, respondió:

—No sé nada, le doy mi palabra. Pero podemos inutilizarlo todo, sencillamente con cortar el fluido eléctrico.

Beth, que se había acercado a Pat como buscando protección en él, preguntó asustada:

—¿Y nos vamos a quedar a oscuras?

Nancy se acercó a la rubia para decirle:

—Pat está amenazado más que nadie, ya lo oíste. No te podrá proteger...

—Está bien. Te lo cedo, pelirroja —dijo la rubia.

Nancy consideró que no valía la pena responder.

Pat llevaba con él su linterna de pilas, la cual mostró a sus compañeros de aventuras.

—Tengo esto, y tiene que ser Suficiente. Lo dejaremos sin fluido eléctrico. Y apagando las luces, las cámaras de televisión no serán efectivas.

La animosa Nancy, ayudada por Joan, apagó las luces eléctricas, dejando encendidas las lámparas de petróleo.

Y Joan, por su parte, fue en busca de una linterna de pilas que había en la alcoba de Max.

Pat descubrió un pequeño micrófono disimulado en un adorno de la chimenea. Lo arrancó y lo destrozó para que Locksley supiese que la lucha se había iniciado, que estaba totalmente descubierto.

Agrupadas las cinco mujeres con los dos hombres, se dirigieron juntos al punto de entrada de la corriente eléctrica. Se encargó Baker de desconectar los plomos, dejando la casa sin electricidad.

Se oyó, a poco, un leve zumbar cuya procedencia resultaba difícil de localizar por la construcción del caserón.

Gray miró a Pat con expresión interrogadora. Y el joven dijo, en voz baja:

—Es casi seguro que dispone de un grupo productor de energía... Tengamos mucho cuidado si queremos evitar una sorpresa.

Pasaron los componentes del grupo a la capilla y por ella a la cripta, dejando la puerta de forma que no se pudiese cerrar con facilidad, colaborando las mujeres en amontonar muebles de la capilla.

Fueron descubiertos y destrozados dos micrófonos más.

Una vez en la cripta, sintieron que comenzaba a dominar el perfume enervante que tanto había contribuido a hipnotizar a algunos de los que se hallaban en la mansión. Y se notó, también, la presencia del gas luminiscente.

—Abriremos la otra puerta; que circule el aire y que el gas no se pueda concentrar... Debe tener una instalación adecuada para lanzar el gas en donde quiera...

Se mantenían todos en grupo, cuidando las jóvenes de no separarse jamás de Pat, buscando su protección y protegiéndolo a su vez.

La que parecía tener mesaos miedo de todos era la señora Jacobs, la cual se acercó al féretro, al interior del cual miró.

—¿Quieren acercar esas lámparas? —pidió.

Acudieron Joan y Pat, seguidos de los demás. Y tan pronto iluminaron el rostro del cadáver, que se hallaba en la caja, se esforzaron en descubrir sus rasgos a través del empañado cristal de la mirilla.

—¡No es tío William! —barbotó Sarah, tras unos instantes de duda.

—¡Es el doctor Chester! —exclamó, a su vez, la señora Jacobs.

Pat y Gray se mantuvieron silenciosos, cambiando sendas miradas de entendimiento.

La voz de Locksley se dejó oír casi inmediatamente:

—¡Sí, es ese maldito chantajista! Descubrió que yo había matado a mi hermano Robin y quiso sacar provecho de ello. Y he sido yo quien se ha aprovechado mientras que él...

Volvió a reír de manera hiriente.

Seguía percibiéndose el extraño zumbido. Y en un momento dado se encendieron luces en la cripta, luces que resultaban deslumbradoras.

Pat, rápidamente, temiendo lo peor, desenfundó su pistola y fue haciendo saltar a balazos las cuatro lámparas, sin fallar un solo disparo. Los otros retrocedieron instintivamente.

El joven dijo a continuación:

—No creo que te dure mucho el aprovechamiento de tus crímenes. ¿Por qué mataste a tío Robin?

Pat preguntaba tratando de localizar, por los ruidos, el lugar en donde el loco pudiese estar escondido. Y Locksley respondió:

—Robin sabía que yo había querido deshacerme de él cuando iba embarcado. Y venía dispuesto a asesinarme y a suplantarme. Nadie me puede reprochar que lo haya matado yo a él…

—Y que pensaras suplantarle. Porque en el testamento lo dejas a él como único heredero. Y tú te habrías presentado como Robin Locksley…

—¡Eres listo, Pat! Has dado en el mismo centro de la diana. Pero ¿de qué te va a servir eso, di?

Se hallaba algo adelantado a los demás, solo, junto al túmulo, como si éste lo pudiese proteger. Y a Pat la mención de la diana le pareció un presentimiento. Inició un movimiento de retirada, a la vez que decía a los demás:

—¡De prisa! ¡Fuera!

Mientras retrocedía tiró de Nancy, empujó a la señora Jacobs y a Sarah. Gray, que comprendió a Pat, hizo algo semejante con la explosiva rubia y con Joan, siguiendo todos el rápido desplazamiento de Pat.

Se produjo una fuerte explosión cuyo centro fue el túmulo, que salió lanzado en varios pedazos. Y silbaron trozos de metal y piedras, lanzados asimismo por la explosión, sirviendo de metralla.

A la explosión siguió una llamarada.

Y de nuevo Pat señaló hacia la salida de la cripta, precisamente la salida que daba al exterior y que había empleado en su primera visita al lugar.

Se inició un incendio en el lugar en donde había estado el túmulo.

Pat, conduciendo siempre a las mujeres y a Gray, llegó hasta la

misma salida de la cripta, salida que formaba un túnel. Y dijo:

—Pienso que aquí estamos seguros. No intenten huir por si afuera nos espera alguna sorpresa como la que terminó con la vida de Walter.

Fue interrumpido por tres explosiones más que se produjeron en rápida sucesión.

La cripta dio la sensación de que se iba a ir abajo, pues las últimas explosiones, subterráneas las tres, habían afectado seriamente sus estructuras.

Cayeron piedras y tierra que primero habían sido lanzadas al aire con violencia; y comenzaron a desmoronarse las columnas y a desprenderse grandes trozos de techo.

Había cesado el zumbido que a Pat le había parecido que era producido por el grupo electrógeno.

Y cuando las llamas no habían perdido aún su fuerza, pero se había desvanecido la nube formada por el polvo y la cal, emergió por uno de los fosos que se habían abierto en el suelo el propio William Locksley, el cual se había colocado una de sus caretas para proteger el rostro de los efectos del fuego. El loco había querido acabar con Pat, solamente, pero en su demencial irresponsabilidad desataba una catástrofe que iba a aniquilarle, a él y a su demoníaca obra.

Dio la impresión de una visión infernal hasta el punto de que la señora Jacobs hizo la señal de la cruz y Gray exclamó:

—¡Es el mismísimo diablo...!

Pero el fuego había prendido en las ropas que vestía Locksley y que amenazaba con convertirlo en una antorcha humana.

Logró saltar Locksley del foso y salir de entre las llamas; pero al quedar expuesto a la corriente de aire las llamas tomaron fuerte incremento.

Gritó, viéndose perdido:

—¡Sálvame, Pat! ¡Yo te prometo...!

No había necesitado el joven la angustiosa llamada, para correr en su auxilio. Le arrojó al suelo, obligándole a revolcarse entre la tierra y la arena desprendidas.

Se despojó asimismo de la americana y consiguió reducir el fuego al mínimo. Golpeó luego hasta terminar con las llamas.

Se dispuso entonces a despojar a William de la ropa, pero

Locksley, rebosante de odio, aprovechó la ocasión para aprisionarlo entre sus brazos, iniciando un movimiento para arrastrarlo con él hasta las llamas.

Golpeó Pat con el canto de su diestra en el entrecejo de Locksley. Este sufrió un estremecimiento y hubo de soltar el abrazo.

Se puso en pie Locksley y cargó con ímpetu salvaje, tratando de arrojar a Pat a uno de los fosos en llamas.

Logró esquivar el joven y Locksley, que no pudo frenarse, cayó entre las llamas al mismo tiempo que se producía una nueva explosión.

Se escuchó un grito estremecedor, horroroso. Era el final.

Cuando Pat, herido levemente, asomó, pudo ver entre las llamas el cuerpo de tío William medio calcinado, destrozado y apresado por una columna.

Por fortuna arreciaba la lluvia, que penetró por los boquetes abiertos en el techo de la cripta. El fuego, aunque tardó, fue consumiéndose.

* * *

La señora Jacobs y Gray se retiraron cuando, tras ser evacuados los cadáveres, se marchó la policía y su acompañamiento.

No había amanecido aún. Y Pat se dirigió a sus primas:

—Pienso que ahora podemos descansar tranquilos. Se leerá el testamento en su día, aunque será inútil. Confío en que- no haya problemas a la hora de repartir la herencia…

—No debe haberlos. Yo siento, como la que más, lo sucedido —se adelantó a decir la rubia Beth.

Joan y Sarah mostraron su conformidad. Y comenzaron a desfilar en dirección a la escalera que conducía al piso en que se hallaban sus habitaciones.

—¿Crees que no habrá riñas entre ellas? —preguntó Nancy a Pat.

—La lección ha sido dura. Y confío en que se entiendan.

Se habían puesto de pie y asido Pat a Nancy de la cintura. Así subieron al piso, llegando en el momento en que Joan, Sarah y Beth entraban en la habitación de la primera, la más espaciosa.

—Tienes razón. Pienso que se entenderán… Parece que tienen miedo aún y no se quieren quedar solas.

—Hacen bien. La soledad no es buena —replicó Pat.

Habían llegado a la puerta de la habitación que primero ocupara Pat y que luego ocupó Nancy.

Entró la sugestiva pelirroja y se volvió para despedir a Pat; pero él había entrado tras ella.

—No seas fresco...

—Es que me da miedo estar solo...

Lo dijo, a la vez que ceñía a la chica por la cintura.

Rieron alegremente mientras el joven, de un golpe de tacón, cerraba la puerta.

FIN